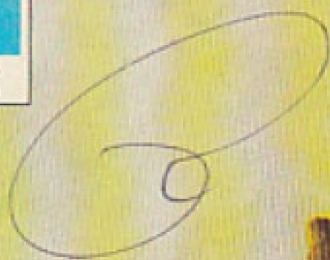


TU CABEZA CAERA EN KANSAS





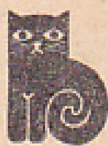
HP PRADERA 503

Silver Kane

TU CABEZA CAERA EN KANSAS



HEROES DE LA PRADERA



Silver Kane
TU CABEZA CAERA EN KANSAS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 603 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524 — Asesino a precio fijo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.
En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.
En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
947 — Una tumba en Manhattan.
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
601 — ¡Ahorcad a la más hermosa!
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15 — Un Colt, una mujer y un diablo.
En Colección BRAVO OESTE:
1.071 — La colina del más allá.

ISBN 84-02-02524-2 Depósito legal: B. 16.204-1981
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: julio, 1981

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paréis del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Sexton apretó el gatillo rabiosamente, mientras sus dientes producían una especie de chirrido. Sabía que estaba acorralado, pero no iba a vender su vida a cualquier precio. Si aquellos esbirros querían su piel, tendrían que pagarla cara.

Segundos antes, había visto una silueta en una de las ventanas.

Y ahora la vio mejor.

La vio cuando aquella silueta, alcanzada mortalmente, saltaba a la calle después de romper lo que quedaba del alféizar.

Dos balas rozaron la cabeza de Sexton.

Este se pegó a un costado de la puerta, sintiendo que el sudor llegaba hasta las comisuras de sus labios.

Era el segundo hombre al que mataba, pero aún debían quedar otros tres.

Lo malo era que éstos no sabía dónde demonios se encontraban.

El enorme almacén en que se había refugiado Sexton parecía lleno de ruidos furtivos.

El humo de la pólvora flotaba a ras del suelo como una espesa neblina.

El silencio duró apenas un par de minutos, pero, sin embargo, se hizo angustioso, insoportable casi.

Hasta que el silencio se rompió de pronto como un depósito que estalla.

Aquel hombre saltó de un lado a otro del almacén y se situó casi enfrente de Sexton, mientras volcaba una estantería.

Sexton apenas tuvo tiempo de girar el revólver, mientras sentía entre los ojos el vértigo de la muerte.

Los dos dispararon casi a la vez.

Incluso las dos detonaciones sonaron simultáneas, pero un experto hubiera notado que entre ambas habían mediado unas décimas de segundo.

El hombre que estaba frente a Sexton pegó un extraño brinco, como si quisiera llegar hasta el techo.

Sexton sintió la quemadura del plomo en el cuello, pero al instante se dio cuenta de que había sido sólo una rozadura.

Inclinó la cabeza y volvió a disparar.

Realmente su enemigo no necesitaba ninguna bala más. Pero se estremeció de nuevo al ser alcanzado en la cintura, cuando ya se desplomaba a tierra.

Ahora Sexton rodó sobre sí mismo.

Necesitaba cambiar inmediatamente de posición o los otros dos le acribillarían, puesto que le tenían localizado.

En efecto, los vio venir.

Confundidos con la oscuridad del almacén, se guiaban por los fogonazos. No se dieron cuenta hasta el último instante de que Sexton había cambiado de sitio.

Chillaron al distinguir el brillo de su revólver.

Sexton no podía vacilar.

Era un duelo a vida o muerte en el que cada segundo contaba.

Apretó dos veces el gatillo, mientras uno de sus enemigos llegaba a tirar también. Pero la bala quedó corta, arrancando astillas al suelo del almacén.

Las astillas saltaron a los ojos de Sexton y le dejaron ciego por un momento. No llegó a ver casi cómo sus dos enemigos caían.

Pero uno de ellos no lo hizo del todo.

Gateó y se incorporó un instante después, saltando sobre Sexton.

Este lo tenía ya encima cuando abrió los ojos.

El otro se disponía a liquidarle a bocajarro.

Sexton apenas tuvo tiempo de tender el pie, dando un seco golpe en el tobillo de su adversario. Como éste se hallaba herido, no pudo mantener el equilibrio y cayó hacia delante, en el momento en que disparaba. La bala sólo rozó uno de los hombros de Sexton.

Los dos hombres quedaron uno encima de otro. Pero ahora fue Sexton el que tuvo la ocasión de disparar a quemarropa, justo cuando el otro caía sobre él.

La detonación sonó ahogada esta vez. Y Sexton tuvo que empujar a su enemigo muerto para que no le manchase su sangre.

Se incorporó como un autómata.

Y se llevó la mano al cuello para convencerse de que la bala anterior no le había causado más que un leve arañazo. Inmediatamente giró la mirada en torno suyo.

Los cinco hombres que creyeron acorralarle estaban ahora muertos.

Yacían en posturas grotescas, violentas, en el almacén y los alrededores de éste.

Sexton los examinó uno a uno.

No los conocía.

Aquellos tipos no podían tener ninguna razón para matarle. Al menos una razón personal.

Pero podían tener una razón monetaria, lo cual era bastante más importante aún. Porque su aspecto no dejaba lugar a dudas: eran vulgares pistoleros de los que se alquilan para asesinar. Alguien los había pagado para liquidar a Sexton.

¿Quién?

El joven anduvo unos pasos por el almacén vacío, mientras intentaba calmar la tensión de sus nervios.

Todo había empezado desde que mató a Craven, Craven era un cacique, uno de esos sucios caciques que se dedican a explotar a los demás y a disponer de sus mujeres si la cosa se tercia. Pero cuando una muchacha pidió ayuda a Sexton, que estaba de camino, y luego Craven la hizo raptar para ultrajarla, el joven decidió que ya había visto bastante. Y liquidó a Craven de una bala entre las cejas.

Salió del almacén.

Sus hombros cuadrados, sus largos brazos resaltaron poderosamente a la luz de la luna.

Sí, todo había empezado entonces.

Con la muerte de Craven. De eso hacía tres semanas.

Desde entonces le perseguían continuamente, le acosaban como a un perro rabioso, trataban de matarle por todos los medios imaginables. ¿Quizá eran los herederos de Craven que querían vengarle? ¿O había alguna otra razón?

El joven anduvo unos pasos, oteando el ambiente y respirando con calma el aire quieto de la noche.

No había más enemigos.

Por el momento podía estar tranquilo.

Sexton era un hombre alto, de veinticinco años, con el pecho amplio, las caderas estrechas y los músculos bien endurecidos del hombre que toda la vida había tenido que luchar en las condiciones más salvajes. Era un pistolero, eso nadie lo dudaba. Pero no era un pistolero como los demás.

Y eso pocos lo sabían.

Oyó un leve trote a lo largo de la fila de árboles.

Su caballo, del que había tenido que saltar para refugiarse en el almacén cuando le atacaron, volvía poco a poco. Sexton le acarició el cuello, montó de un salto y se alejó de allí.

El lugar estaba deshabitado.

El único edificio era el almacén, contiguo a una cuadra derruida.

En otro tiempo hubo allí una parada de diligencias, pero ahora no había nada.

Sexton se encaminó hacia la ciudad, aunque pensando no detenerse en ella. Le interesaba no interrumpir su viaje.

La ciudad se llamaba Dolmen.

Era un pequeño punto perdido en la llanura, un punto insignificante, aunque con el tiempo llegaría a ser una ciudad importante porque estaba en uno de los más importantes cruces de caminos de la ruta hacia Kansas City.

Claro que por el momento sólo constaba de un par de calles polvorientas que eran apenas como una señal en la llanura interminable.

Todo aquello estaba bañado por la luz de la luna.

La gente dormía.

Nadie se enteraría de que un jinete llamado Sexton había pasado por allí.

Un jinete que acababa de matar a cinco hombres.

El joven sacó su reloj de latón.

Las doce de la noche.

Hasta el único saloon estaba cerrado, de modo que no habría forma de echar un trago.

Fue a pasar de largo y en ese momento vio la lucecita de la oficina del alguacil.

Estaba encendida toda la noche, y el tío sin duda dormía dentro, por si le necesitaban.

Pero ya podía roncar a pierna suelta, ya.

Seguro que en aquel villorrio miserable no se había producido un tiroteo en las dos últimas semanas.

Pero hubo algo que llamó la atención del joven y le hizo aminorar la marcha del caballo.

Era un pasquín.

El pasquín estaba clavado en la parte frontal de la oficina del

alguacil, de modo que cualquiera que pasase por la calle podía leerlo, aunque no se hubiera fijado expresamente en él.

Era como si el pasquín le saliese al encuentro a uno.

Y sobre todo al encuentro de Sexton.

Porque allí estaba su cara.

Una cara debajo de la cual estaba la típica frase: «Vivo o muerto.»

Y un poco más abajo aún: «Mil dólares de recompensa.»

CAPITULO II

Sexton quedó como paralizado encima de la silla de su caballo. Por un momento incluso le faltó la respiración.

¿Mil dólares por su cabeza? ¿Convertirse él en un reclamado?

Eso no tenia sentido.

Pero allí estaba el pasquín, y el pasquín no engañaba a nadie. Era muy nuevo, lo cual indicaba que acababan de colocarlo.

El joven cerró un momento los ojos.

Dios santo, todo aquello era absurdo...

Pero le estaban ocurriendo muchas cosas absurdas últimamente. Todo había sido absurdo en realidad desde que tuvo que matar a Craven. Y sin duda aquel pasquín venía de eso.

Le buscaban por la muerte de Craven.

Aquel duelo legal en el que él resultó vencedor, lo consideraban un asesinato.

Craven había sido un cacique.

Y uno no puede permitirse el lujo de matar a un cacique como si fuese otro tipo cualquiera.

Vio que se encendía la luz en el interior de la oficina del alguacil.

Sin duda éste había oído el rumor del caballo, que había parado justo en la puerta, y pensaba que venían a buscarle.

Debía ser un tipo cumplidor.

Por fortuna abundaba esa clase de hombres en el Oeste: fieles y ciegos cumplidores de su deber.

Pero por eso mismo Sexton no podía exponerse a que le viera. El alguacil ni siquiera tenía que saber que él había pasado por allí. De modo que picó espuelas y partió al galope. Tenía que llegar cuanto antes a Kansas City.

En la gran ciudad nadie le buscaría.

Y además podía contar allí con algo muy importante. Con la ayuda de uno de sus mejores amigos...

* * *

Kansas City había crecido mucho después de la guerra civil. En realidad era ya ahora, comparativamente, una ciudad enorme. Tenía varios barrios y los habitantes no se conocían unos a otros, lo cual hacía que la labor del sheriff y sus agentes se convirtiera en algo imposible. Continuamente llegaban forasteros a Kansas City, muchos de los cuales eran gente fuera de la ley. Y nadie podía ocuparse de buscarlos, por lo cual su impunidad era casi absoluta, a menos que cometieran un delito grave dentro de la ciudad.

A eso era lo único que aspiraba el sheriff. A que en Kansas City hubiera una calma relativa.

Ya podía venir a vivir allí el propio Satanás, que mientras se estuviera quieto, el sheriff no le molestaría.

Por eso Sexton se consideró seguro al poner los pies en la gran ciudad.

Entraría allí en contacto con un enlace al que necesitaba ver.

Y su amigo le ocultaría mientras tanto.

Su amigo también se llamaba Sexton y tenía más o menos la misma edad. El Sexton de Kansas City no era un pistolero, sin embargo, sino todo lo contrario. Era un honrado médico que se había especializado en heridas en la cabeza, por lo cual le solían consultar también para toda clase de trastornos mentales. Era lo que más tarde se llamaría un neurocirujano y un psiquiatra, todo en una pieza. Pero ahora nadie pensaba en tales especializaciones. A Sexton se le llamaba para todo lo que tuviera relación con la cabeza, desde un balazo a un síntoma de locura.

Vivía en un sitio bastante tranquilo de la ciudad, y en una habitación clara y soleada tenía el consultorio. Aunque

Sexton no pudo enterarse de que aquello era claro y soleado porque llegó de noche.

Era sábado.

A cierta distancia de allí en el barrio alegre de la ciudad, la animación de los saloons estaba en pleno apogeo y había broncas y hasta tiros. Pero en la calle en que se encontraba Sexton, el

pistolero, todo era tranquilo y apacible.

Buscó una cuadra pública para dejar su caballo, pero no la encontró en las cercanías. Tuvo que ir bastante lejos y luego regresar a pie. En aquel momento no pensó que eso, más tarde, le favorecería extraordinariamente. Porque el encargado de la cuadra, situada en un cruce de caminos, no supo a qué punto de la ciudad se dirigía.

Puesto que el joven conocía muy bien la dirección de su amigo, se detuvo ante la casa. Había allí, además, una placa dorada que hacía imposible la confusión. La placa decía: «Dr. Sexton. 10 AM. TO 4 PM.»

Es decir, de diez de la mañana a cuatro de la tarde (1). Claro que era muy dudoso que le dejasen en paz fuera de las horas de visita. Un balazo llega en cualquier momento... ¡y Sexton tenía tanta fama en cuestión de heridas en la cabeza!

(1) Estas siglas, que se van popularizando en todas partes, corresponden al sistema americano de señalar las partes del día. «AM» significa «ante meridian», es decir antes del mediodía, o sea por la mañana. «PM» significa «post meridian», o sea, después del mediodía, o en otras palabras: por la tarde. (Nota del Autor.)

El joven llamó.

La campana produjo un alegre «din dan».

Pero nadie acudió a abrir.

Sin duda Sexton estaba dormido.

El joven volvió a insistir.

¡Din dan!

Nadie acudió a abrir tampoco.

El joven sonrió, pensando que, al fin y al cabo, como era sábado, su amigo quizá se había ido a echar una cana al aire.

Cosa extraña, porque el médico era bastante formal.

Pero todo el mundo se cansa algún día de serlo, y seguramente Sexton había salido aunque sólo fuera a tomar unas copas. De modo que su amigo se dispuso a darle una buena sorpresa esperándole dentro de la casa.

Nada más sencillo para él que abrir una puerta que no reunía condiciones especiales de seguridad.

Le habían enseñado eso y muchas cosas más.

De modo que con la punta del cuchillo que llevaba remetido en la bota derecha, trabajó en la cerradura durante un par de minutos, hasta que pudo forzarla sin estropear nada.

Entró en la casa y observó el buen orden, el buen gusto de todo lo que había allí.

Sin duda el médico, aunque era soltero, vivía al cuidado de alguna persona muy atenta.

Sexton atravesó una sala muy bien amueblada, que debía ser la sala de espera, y penetró en el consultorio.

Inmediatamente se detuvo.

Todo su cuerpo se estremeció como si le hubiese herido el rayo.

El médico estaba muerto.

Estaba caído de bruces sobre la mesa, con, un fino cuchillo clavado hasta el fondo en la nuca…

CAPITULO III

El joven sintió que le faltaba la respiración.

No fue sólo dolor lo que sintió, sino también asombro, indecisión y hasta miedo. El, que no había sentido miedo jamás, lo sintió por primera vez ante esta muerte inexplicable.

Se acercó poco a poco, mirando el cadáver con ojos expertos.

El entendía mucho de muertos.

Por desgracia.

Y éste llevaba así por lo menos tres horas. No habían tocado nada. Sin duda la persona que le asesinó por la espalda debía ser conocida de Sexton, puesto que éste permitió que se moviera con libertad por el consultorio y que se situara incluso a su espalda, desde donde pudo apuñalarle a placer.

Aparentemente no faltaba nada.

El hombre o la mujer que mataron a Sexton lo había hecho sin ningún otro fin. Simplemente, el médico estorbaba. Pero no habían buscado nada por entre los muebles ni, al parecer, habían robado nada tampoco.

Todo estaba en perfecto orden.

El joven salió de allí, caminando como un autómata, porque necesitaba registrar el resto de la casa. Y vio que ni un mueble había sido variado de sitio. En la cocina había un papel colgado de un clavo en el que se leía en caracteres algo toscos:

«He terminado el trabajo. Volveré el lunes.»

Sin duda se trataba de la asistenta, o quizá de la enfermera, que había dejado aquel aviso estando Sexton ausente.

«Volveré el lunes...» Claro, el domingo era fiesta. Sexton entró más tarde, y sin llegar a ver aquel papel fue directamente a su despacho. Allí le esperaba la persona que había de matarle, o tal vez esa persona llamó más tarde, y el médico no tuvo inconveniente en abrirle...

El joven intentó reflexionar.

No cabía duda de que su deber era avisar cuanto antes al sheriff.

Pero, por razones especiales, no podía ahora hacer eso. Una de

aquellas «razones especiales» era que quizá el sheriff de Kansas City tenía también un pasquín con su bonita cara. Y, en esas condiciones, lo primero que pensaría era que el crimen lo había cometido él.

A Sexton no le quedaba más que un remedio: hacer desaparecer el cadáver de su amigo.

Luego se encargaría de averiguar quién lo había matado. O al menos trataría de hacerlo. Pero por el momento no podía quedarse allí, mirando el cadáver indefinidamente.

De modo que cargó sobre las espaldas el cuerpo de su amigo.

Al hacerlo tuvo la amarga, la terrible sensación de que lo había matado él.

Y con todas las fuerzas de su corazón juró vengarlo.

El consultorio daba a un jardín posterior, que tenía anchas puertas.

Salió por allí y hubo de correr el riesgo de atravesar un pedazo de calle con su fúnebre carga.

Pero todo estaba solitario y oscuro, de modo que nadie le vio.

Una vez atravesado aquello, descendió por un declive y se encontró en el río, que bajaba muy tumultuoso.

Cerró los ojos de su amigo, le dio un par de cachetitos en la mejilla, como si le pidiera perdón por lo que iba a hacer y tratara de animarle, y lo arrastró casi hasta el centro de la corriente, dejando que luego las aguas se lo llevaran. El cuerpo de Sexton desapareció arrastrado por las ondas del Missouri.

Sin duda aparecería bastantes millas más abajo, pero tan desfigurado que nadie lo reconocería.

Además el pistolero le había quitado todos los documentos.

Se sentía infinitamente triste.

Tan abatido como si el crimen lo hubiera cometido él.

Volvió a la casa procurando que no le vieran, lo cual resultó fácil a aquella hora, y cerró cuidadosamente las puertas.

Ahora se sentía tan solo, tan hundido como si fuera el único habitante del mundo.

No podía continuar el viaje.

No sólo su caballo estaba muy cansado sino también él.

No le convenía que le vieran en la ciudad, y además, si se alejaba, nunca podría vengar a su amigo.

Por otra parte, no resultaba demasiado arriesgado quedarse allí

el domingo.

Lo más probable era que el domingo no llamase nadie.

Claro que podía haber heridos en Kansas City, pero no era demasiado fácil que lo fueran en la cabeza, la especialidad de Sexton.

Buscó ropas que le sentasen bien.

Las suyas estaban mojadas después de haberse hundido en la corriente del río.

Como el médico tenía unas medidas bastante similares a las suyas, no resultó fácil encontrar una levita, un pantalón y una camisa que le sentaran bien.

Pero no se las puso por el momento, ya que ahora lo que necesitaba era dormir.

Se sentía materialmente destrozado.

Pero no logró conciliar ni durante cinco minutos un sueño normal.

Toda la noche fue para él una macabra sucesión de pesadillas.

CAPITULO IV

Al día siguiente pudo comer algo, aunque no sentía apetito, porque había diversos alimentos en los armarios de la cocina. Y estaba tranquilamente sentado, tratando de poner en orden sus pensamientos, cuando inesperadamente llamaron a la puerta.

Sexton tuvo un violento sobresalto.

Había confiado en que no vendrían a importunarle, pero ahora veía que se equivocó.

Su corazón dio un vuelco cuando el «din dan» de la puerta volvió a sonar.

No Supo qué hacer, pero comprendió que había que dar la cara.

Los que llamaban ahora tal vez insistirían más tarde, de modo que era mejor afrontar el problema de una vez.

Abrió la puerta.

Y se encontró, así de golpe, con una serie de cosas que valían de verdad la pena.

Con unos ojos rasgados, preciosos y brillantes.

Con una boca jugosa y fresca.

Con un cuerpo de... de... de... Bueno, de todo eso.

Con un vestido que se amoldaba maravillosamente a las curvas de la chica.

En fin, que se encontró ante una señora de campeonato.

Y sin embargo, ella estaba como asustada, como encogida.

Se notaba que pasaba por un amargo trance y que estaba

necesitada de ayuda. Pero, desde luego, no parecía sufrir ninguna herida. Al contrario, estaba *muy buena.*

Ella bisbiseó:

—¿Sexton?

—Sí, claro.

Fue una cosa instintiva, puesto que el pistolero también se llamaba Sexton. Pero un segundo después había comprendido que no preguntaban por él, sino por su amigo el muerto.

La chica no le dejó reaccionar.

Musitó:

—Perdone que venga en domingo, pero necesito su ayuda. El

doctor Holmes me ha dicho que sólo usted podría ayudarme.

—¿El... doctor Holmes?

—Sí. Usted lo conoce muy bien.

—Ah, claro, claro...

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, pase.

—Perdone. Ahora recuerdo que no me he presentado aún. Me llamo Greta.

—Estoy solo ahora..., ¡ejem! No tengo ni a mi enfermera, ¿comprende? ¿Tan urgente es la visita?

—Mejor que no tenga a nadie aquí, porque el asunto es completamente privado.

—¿Se encuentra mal?

Ella le miró con una cierta sorpresa.

—Me han dicho que usted no sólo atiende a enfermos físicos, doctor. Que también atiende a enfermos de otra clase.

—Pero usted no necesita mis cuidados. Ni tiene usted una herida en la cabeza ni tampoco está loca, por supuesto. ¿Para qué ha venido?

No sabía cómo quitarse de encima a la muchacha, a pesar de lo mucho que le gustaba Greta. Pero una cosa eran las curvas de la chica y otra el lío en el que ella podía meterle.

Greta musitó:

—Necesito su atención médica, doctor. Precisamente su atención médica. ¿No puede recibirme ahora? Le aseguro que es urgente.

Sexton tragó saliva.

—Pues..., pues claro que sí.

Pasaron al consultorio, donde el joven no había vuelto a entrar porque no podía borrar de su mente el recuerdo de su amigo muerto.. Pero todo estaba en orden, de modo que no se notaba nada de lo sucedido la noche anterior. La chica se sentó en una de las butaquitas y cruzó las piernas.

El joven lamentó que su visitante no tuviese una herida en las caderas, por ejemplo.

Así hubiera podido empezar por decirle: «Quítese la ropa.»

Pero tuvo que aguantarse y preguntar con voz opaca:

—¿Qué es lo que se le ofrece, Greta? ¿En qué puedo servirla?

Ella mostró un papel, que puso delicadamente en las manos del

pistolero.

—Lea esto, por favor —dijo.

—¿Es una carta que ha recibido usted?

Greta dijo entonces algo que, al parecer, no tenía ninguna clase de sentido.

—No. Esta carta la he escrito yo misma.

—¿Pero por qué?

—Es algo que a toda costa he necesitado hacer. Por favor, lea con atención. Lea...

Sexton la leyó, aunque la verdad era que no entendía una palabra.

Estaba lejos de sospechar que aquel iba a ser uno de los puntos esenciales en la más condenada aventura de su vida.

CAPITULO V

La carta decía así:

«Es una calle muy extraña, larga, tortuosa, y, sin embargo, visible en todos sus detalles. Las casas son más bien bajas, algunas ventanas están al nivel de las cabezas de los transeúntes, y a ellas se asoman los vecinos en las noches cálidas del verano. Existen pocos comercios, y la mayor parte de ellos son modestos. Casi todas las puertas comerciales corresponden a la parte posterior de los establecimientos que están en la calle paralela de la derecha, mucho más importante. Yo no sabría decir ahora cuáles son las tiendas, cómo son sus escaparates, pero, sin embargo, recuerdo que en un establecimiento, el que más me ha impresionado siempre, es una funeraria, la única que hay en toda la calle.

»Los ataúdes entran por las noches, acompañados por hombres y mujeres silenciosos que siempre visten de negro. A veces, tras los vidrios opacos, se ven brillar luces temblorosas.

»¿Cuál será el nombre de esa calle? ¿Por qué no puedo precisar nada más? ¿En qué parte de la ciudad está?

»¿Dónde, Dios mío?

»¿Dónde...?»

La carta terminaba con este angustioso interrogante. Sexton la sostuvo entre sus dedos pensativamente, un largo rato, después de leerla.

Al fin la devolvió a la muchacha.

Los ojos de ella estaban muy quietos, muy fijos, parecían los de una hipnotizada.

¡Y, sin embargo, eran tan hermosos!

Los ojos más hermosos que Sexton había visto jamás.

La muchacha tomó la carta con dedos temblorosos y dijo con voz extrañamente ronca:

—Otra vez ha vuelto a suceder, doctor Sexton. He vuelto a soñar con esa calle.

—¿Ha vuelto a soñar con esa calle?

La voz del hombre era pesarosa, lenta.

Parecía increíble que de un hombre tan atlético, tan

perfectamente constituido para la lucha y para la acción, pudiera surgir una voz así, propia de un hombre acabado.

Diríase que el que hablaba así sentía una inmensa pena, una pena que estaba por encima de todas sus energías. Pero en realidad lo que sentía era una enorme confusión.

Repitió:

—¿Has vuelto a soñar en esa calle?

—Así es.

—¿Y por qué ha escrito todo esto?

—El médico me lo recomendó. Fue el doctor Holmes quien me pidió que lo hiciera.

—¿Pero es que tan lejos han llegado las cosas? ¿Ha ido ya a un psiquiatra para que la atienda?

Ahora Sexton se había sentado frente a la muchacha, y le acariciaba los dedos. La figura de Greta resultaba pequeña junto a la del hombre, a pesar de que ésta era una auténtica mujer, una de esas mujeres a las que muchos se vuelven a mirar por la calle. Tenía una gracia y una distinción indefinibles y también tenía poesía, una extraña poesía que ahora se veía realzada por su postura lánguida, por su actitud cansada y un poco temerosa. Sexton se dio cuenta de todo eso, y se percató también de que la muchacha tenía miedo; el miedo era tan fuerte en ella que le impedía incluso hablar y explicar sus emociones.

Por eso él insistió:

—¿A qué psiquiatra ha ido, fuera del doctor Holmes?

—A ningún otro.

—¿Qué es lo que le dijo el doctor Holmes?

—Que escribiera mis pensamientos.

—Y eso es exactamente lo que ha hecho, ¿no?

—Sí. Dice el doctor Holmes que así uno concreta mejor sus emociones y se da cuenta de cuáles son las que tienen firmeza y las que no.

—¿Eso es un método curativo?

—Al menos asegura el doctor que puede ser el principio de mi curación. Necesita saber cuáles son exactamente mis pensamientos.

—¿Y tú vas a darle esta carta? —preguntó, tratándola ya con más confianza.

—En efecto, pienso entregársela mañana.

Sexton tomó el papel, que ahora estaba sobre la mesita, cerca de una botella de licor, y lo examinó pensativamente.

La letra de Greta era redonda, firme, con rasgos claramente pronunciados hacia arriba.

Cualquier grafólogo hubiera pensado, al verla, que Greta era una mujer llena de idealismo, pero Sexton no pensó eso.

Sexton sólo pensó que él también empezaba a sentir un poco de inquietud.

Un rayo de sol daba oblicuamente sobre el papel.

Sexton lo miró todo de una manera mecánica, lejana.

Había llegado a olvidar dónde estaban.

A él sólo le preocupaba la carta.

—¿Cuándo empezó esta pesadilla? —preguntó de un modo directo, tras varios minutos de silencio.

—Yo no diría que es una pesadilla. Al fin y al cabo lo que me sucede no es tan terrible.

—Bueno, pues vamos a llamarlo de otro modo. ¿Cuándo comenzó esa alucinación?

—Tampoco es una alucinación.

—¿Has estado en esa calle?

—No —susurró ella.

—¿Existe?

—No lo sé.

—¿Y si existe? —musitó él—. En ese caso ya no habría sido una alucinación.

Suspirando resignadamente, Sexton puso de nuevo la carta sobre la mesa.

—Dime solamente cuándo empezó —pidió suavemente—. Es lo único que quiero saber.

—Hará cosa de un par de meses.

—¿Y de qué modo?

—Muy sencillamente. Todas esas cosas son así; empiezan sin que una se dé cuenta. Una noche soñé con esa calle, y me pareció que pasaba por ella. No le di la menor importancia. Todas las personas soñamos de tarde en tarde, cosas absurdas, o nos parece visitar en sueños lugares donde no hemos estado jamás; sin embargo, a la noche siguiente, volví a encontrarme por esta calle. Ahora la vi de una forma mucho más concreta, mucho más clara, y de todos sus

detalles me resultaron conocidos.

Sexton dijo con voz ronca, tratando de quitar importancia a la cosa:

—Claro. La recordabas del sueño anterior.

—Cierto, pero cada vez la sensación de realidad se hacía más intensa. Iba viendo las tiendas, las puertas traseras de los establecimientos de la otra calle, las viejas ventanas... De pronto me encontré ante aquella funeraria. Recuerdo que tuve miedo, y entonces el sueño se desvaneció.

Sexton se sirvió una copa de licor de sobre la mesa, pero no le notó ningún sabor.

Y siguió teniendo la boca espantosamente seca.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó después de unos instantes de silencio.

—Durante algunas noches no volví a soñar con esa calle. Luego otra noche —una noche de tormenta, lo recuerdo bien— volví a encontrarme en ella. En cierto modo me daba cuenta de que estaba soñando, pero la sensación de realidad era Ian intensa que me parecía como si yo fuese uno más de los habitantes de aquella calle. ¡Incluso conocía ya a muchos vecinos! Las caras que asomaban por las ventanas las recordaba de otras veces, e incluso los géneros exhibidos en los escaparates de los establecimientos me eran familiares. Esta vez pasé ante la funeraria sin ningún temor, como el que pasa ante un lugar ya conocido desde siempre. De pronto se puso a llover, y yo me vi obligada a entrar en uno de los soportales; éste estaba muy oscuro y entonces desperté. Al despertar me di cuenta de que el agua resbalaba por los cristales de la ventana, y entonces la sensación de realidad se hizo tan espantosa que llegué a lanzar un grito.

Hizo una mueca.

—Además...

—¿Además qué? —preguntó Sexton con voz angustiada.

—¡Además mi cara estaba mojada! ¡Y yo sólo podía haberme mojado en esa calle!

Sexton se inclinó y la sujetó fuertemente por los brazos, a punto de perder el control de sus nervios.

—Pero tú estabas en la cama, ¿no?

—Así es.

—¡Por consiguiente no habías salido a la calle! ¡Todo fue como una pesadilla! ¡Lo que tú tenías en la cara era simplemente sudor!

—No estoy segura.

—¿Por qué eres tan terca, Greta?

—No estoy segura... ¡No estoy segura de nada!

También la muchacha parecía ahora a punto de perder el control de sus nervios. Sexton tuvo que hacer que la presión de sus manos se aflojaran lentamente. Intentó sonreír para tranquilizarla.

—¿Quieres un poco de licor, Greta?

—No, no lo necesito.

—Celebro que estés más calmada.

—Siempre lo he estado.

Pero su actitud tensa desmentía sus palabras.

Greta se encontraba al borde de una auténtica crisis.

—Bueno, los dos estamos de acuerdo en que aquello era sudor —decidió Sexton—. ¿Qué ocurrió luego?

—Quité importancia a la cosa, porque al fin y al cabo aquel sueño nada significaba, pero fue entonces cuando conocí a la señora Shop.

—¿Quién es la señora Shop?

—Una adivina.

Los ojos de Sexton se entrecerraron.

—¿Qué tiene que ver ella con todo eso? —preguntó bruscamente—. ¿Desde cuándo crees en adivinas y en todas esas zarandajas?

—Yo no creía, pero una amiga me llevó. Al principio fue solamente una broma.

—¿Y qué sucedió?

—La señora Shop me habló de la calle.

—¿Cómo?

—Estaba en trance. Es una de esas adivinas que no pueden decir nada sin sufrir antes una especie de hipnosis. Su voz sonaba ronca, lejana y espesa. Me describió la calle como si la estuviera viendo.

—¿La... la misma que tú habías soñado?

—¡Era como si la estuviera soñando otra vez! ¡Era la misma, exactamente la misma!

Ahora Sexton notaba que el que sudaba era él.

Sus manos cayeron sin fuerza sobre sus rodillas.

—Todo esto es absurdo, Greta.

—A mí también me lo parecía… Yo también lo. creía así… se lo juro… Pero ahora ya éramos dos, las personas que, de un modo u otro, conocíamos aquella calle. Intenté preguntar algo a la adivina, pero entonces ella salió del trance. A partir de aquel momento ya no recordaba nada. Fue inútil hacerle preguntas.

—¿Volviste?

Greta asintió diciendo:

—Sí, volví.

—¿Ella te habló de la calle?

—Un par de veces más. No siempre lograba recordarla. Lo malo era que mientras estaba en trance no podía contestar a las preguntas que se le hacían.

Sexton estaba nervioso, pero trataba de disimularlo para tranquilizar a la muchacha, intentó serenarse y al cabo de unos instantes, intentando sonreír, musitó:

—¿Te dijo al menos dónde está esta calle?

La muchacha tenía la cabeza baja, como pesándole sobre sus hombros.

—Eso es lo peor, no me lo dijo.

—Claro que no…, ¡porque no existe!

—Yo preferiría que existiera, te lo juro. La visitaría una vez, una sola vez, y entonces mis pesadillas se disiparían.

El tomó nuevamente la carta.

—Hay en Kansas City docenas de calles como ésta, Greta. Calles con sus ventanas bajas, sus establecimientos pobres y sus puertas traseras de tiendas que dan a otra calle más importante. Lo único que no entiendo muy bien es de lo «tortuosa». Las calles, en Kansas City, suelen ser rectas.

—Esta forma como un pequeño recodo.

—No creo que haya calles así en la ciudad. —De pronto asió a Greta nuevamente por los brazos, pero mucho más suavemente que antes—. ¿Por qué no lo olvidas, muchacha? ¿Por qué no piensas que, al fin y al cabo, eso es una estupidez?

Ella dijo con voz lejana:

—No es una estupidez, Sexton.

Sexton la miraba más interrogativo aún.

—¿Por qué no?

—La señora Shop me dijo algo más.

Sexton la soltó poco a poco.

Sus dedos temblaban levemente, y un sudor frío hacía brillar tenuemente sus sienes.

—¿Qué te dijo? —balbució al cabo de unos instantes, mientras ella cerraba los ojos.

—Me advirtió que tuviera cuidado.

—¿Y qué más?

—Que tuviera cuidado —dijo Greta—. Me aseguró que yo moriría en una calle como ésa.

CAPITULO VI

Hacía sólo cinco minutos que la muchacha se había marchado de allí y Sexton tenía la extraña sensación de que ya había transcurrido un siglo.

Lo que más extraño le parecía era haberla atendido, como si él entendiese algo de psiquiatría, cuando en realidad no entendía absolutamente nada.

Pero es que el problema de Greta, en el fondo, era sencillo.

¿O tal vez no lo era?

Greta soñaba con una calle.

Hasta aquí nada de particular.

Todos soñamos en muchas cosas, por ejemplo con una calle.

Pero la cosa ya resultaba más extraña si se trataba de una calle en la que ella no había estado nunca.

O que tal vez no existía en Kansas City.

¿Era eso posible?

El joven, apoyado en la jamba de una de las ventanas, miró pensativamente el jardín, mientras sus ideas volaban,

Realmente Kansas City era ya en aquella época una ciudad muy importante.

Con muchas calles, y hasta con barrios pobres y ricos. Con muchos comercios y escaparates. Incluso con más de una funeraria.

Sexton chascó dos dedos.

Ese era un detalle que tendría que averiguar porque resultaba una buena pista: el detalle de la funeraria.

Pero los pensamientos de Sexton seguían volando.

En Kansas City había también adivinas y echadoras de cartas, como por ejemplo la señora Shop. Y había otro médico que más o menos entendía de enfermedades mentales, como el doctor Holmes. Situación peligrosa, porque si al doctor Holmes se le ocurría venir para hablar de su común paciente, se descubriría todo el pastel y él estaría listo.

Sexton dio unos pasos por la estancia.

Intentó recordar cómo era la ciudad en estos momentos.

Kansas City estaba dividida por el río Missouri y ya tenía los

distritos que más adelante la configurarían como uno de los puntos más importantes de los Estados Unidos: Prairie Village, Raytown, Independence, Parkville, Roeland Park… Claro que todo eso era primario, disperso. Claro que junto a buenos edificios de ladrillo y piedra se levantaban miserables establos de madera. Pero en realidad ya no resultaba fácil conocer la ciudad, que era la mayor del Oeste central. Incluso en las zonas de Blue Ridge River y Little River había calles que podían coincidir con lo explicado por la muchacha.

El joven volvió a situarse junto a la ventana, con la mirada perdida en el vacío.

Quería ayudarla de verdad.

La chica le había impresionado y él quería sacarla de aquella pesadilla.

Pero tenía que hacerlo con rapidez.

Era necesario que no viniese a verle el doctor Holmes, para preguntarle qué opinaba del caso.

Sexton se puso un cigarro entre los labios y decidió salir de la casa.

Era arriesgado, pero también necesitaba encontrar información.

Sobre todo saber cuántas funerarias había en Kansas City.

Ya eran las cinco de la tarde y empezaba a declinar el día.

El joven salió de la casa sin que nadie le viera, cerró bien y atravesó la calle.

Como se trataba de un barrio residencial y era domingo, no había nadie por allí.

El joven dejó atrás aquella zona elegante, llegó hasta la zona del Missouri y se embarcó en una de las lanchas que lo cruzaban continuamente, a cinco centavos el viaje.

Llegó así a la zona en que se alineaban los saloons, las casas de juego y los garitos de toda clase.

Para obtener información no había barrio mejor que aquél en todo el Oeste.

Además, era allí donde tenía que encontrarse con el enlace.

La única razón de su viaje a Kansas City estaba precisamente en aquel encuentro.

Penetró en un saloon llamado, con muy buen sentido, El Reposo Eterno.

Difícil resultaba imaginar un sitio más violento y sucio que aquél.

Inicialmente debió ser un sitio lujoso, porque aún se conservaban algunos detalles de buen gusto.

Pero el «respetable público» que lo frecuentaba había acabado por hacerlo polvo.

Los cristales ya no se reponían, porque no valía la pena.

A los cinco minutos de poner un cristal nuevo, siempre había alguien que lo convertía en harina.

De las lámparas ya apenas quedaba nada, porque los pistoleros solían colgarse de ellas para disparar mejor sobre el resto de la sala. Tumbados en las mesas había borrachos que ya nadie sabía cuánto tiempo llevaban allí. Cada día los encargados de la limpieza pasaban «revista» y sacaban algún muerto.

Sin embargo, cuanto más destartalado estaba el local, más éxito tenía.

La gente se pirraba por emborracharse allí y romper algo.

Por otra parte, había que reconocer que allí se encontraban las mejores chicas de Kansas City.

Había cada «vam» que tumbaba de espaldas, y los clientes se mataban por ellas.

El joven empujó los batientes con el pecho y entró poco a poco.

Allí no había miedo de encontrar pasquines con su cara.

Ni con la de nadie.

Más o menos, todos los clientes del local eran reclamados, y quizá también lo era el dueño.

De modo que no valía la pena.

Un par de chicas se fijaron inmediatamente en la alta estatura, en los ojos helados y en los hombros atléticos de Sexton.

Una de ellas se acercó.

—Hola, desconocido. ¿No quieres que nos conozcamos?

—Tendrías un desengaño, nena.

Y la apartó con suavidad.

Al fondo del local había visto al hombre con el que tenía que encontrarse.

Era un individuo cejijunto, de mediana edad, que llevaba ostensiblemente una pata de palo.

Por lo que tenía sobre la mesa, se notaba que había consumido

ya media botella de whisky.

Pero, sin embargo, sus ojos eran fríos, implacables.

Daba la sensación de no haber bebido ni una gota de alcohol.

Susurró:

—Hola, Sexton, llegas con retraso.

—Es que he tenido líos.

—¿Líos de qué clase?

—Maté a un hombre llamado Craven y desde entonces no dejan de perseguirme. Incluso he visto mi cara en los pasquines, convirtiéndome en un reclamado.

El cojo murmuró:

—No me extraña. Craven era un cacique.

—¿Pero tú crees que ésa es la única razón, Terry?

Terry meneó la cabeza.

—No, no es la única razón. Craven era uno de los complicados en que no se realizara el viaje del señor Morgan. Por eso quieren matarte como sea. Saben que tú estás preparando ese viaje.

—¿Pero quién es el «señor Morgan»? Por favor, Terry, llevo mucho tiempo trabajando en esto y aún no sé nada. Yo estaba trabajando como «pacificador» en Tulsa y ganaba una buena bolsa cuando tú viniste a verme. Me dijiste más o menos, con voz la mar de cariñosa: «Hijo mío, eres un pistolero repelente, un hijo de zorra que tiene varias cuentas pendientes con la ley. Has matado a mucha gente, y eso trae líos. Si quieres que todo se arregle sin que ningún sheriff te moleste nunca más, tienes que ponerte a mis órdenes y preparar el viaje de un tal señor Morgan.» Sí, eso fue lo que me dijiste, Terry, y yo me puse a tus órdenes porque me convenían las dos cosas: la tranquilidad que me prometías y el dinero que ibas a pagarme. También me dijiste cuál era mi objetivo: husmear qué pistoleros había en la ruta que iba a seguir el «señor Morgan», para que éste pudiera viajar con tranquilidad, Y matar a todos los que pudiera. Así lo he hecho, pero, ¿quién cuerno es el «señor Morgan»? ¿Para quién trabajamos realmente tú y yo? ¡Eso es lo que necesito saber!

Terry movió negativamente la cabeza.

—Eso basta con que lo sepa yo, muchacho. Tú no eres un cerebro, sino un gatillo.

—Eso es insultante para mí, Terry, Nunca me he tenido por una

bestia.

—Al contrario. Eres el pistolero más inteligente que hay en el Oeste central. Por eso te hemos elegido.

—¿Elegido para qué?

—Ya te lo he dicho: para preparar el viaje del señor Morgan. Porque necesitamos que nadie lo mate durante el mismo. Y no te escandalices, muchacho. Tú has trabajado muchas veces de guardaespaldas. Pues bien, imagina que el señor Morgan es un cliente más.

—Hay una diferencia. Todos los tipos cuyas espaldas me comprometía a guardar, me dieron antes su nombre.

—También te lo han dado esta vez: «Señor Morgan.»

—¡Peto ése no es el nombre exacto! ¿Quién se oculta detrás? ¿Para quién trabajamos?

—No preguntes tantas cosas, Sexton. Me basta con saber si está despejada la ruta.

—Creo que lo está. Los peores asesinos que había en ella o han tenido que huir o han sido eliminados.

—Pues no preguntes nada más.

—Es que han asesinado a uno de mis mejores amigos, un médico que se llamaba igual que yo. Han asesinado al doctor Sexton, y yo, no sé por qué, me siento responsable de su muerte. Me gustaría saber qué hay detrás de todo esto.

Terry volvió a cabecear.

—Puede que Sexton supiera algo, y por eso lo han asesinado.

—¿Saber qué...?

—No te interesa. Y, por favor, no preguntes.

Sexton estaba consternado.

Nunca una misión como aquélla le había alterado tanto los nervios.

¡Había tantas cosas que no entendía, desde la extraña muerte de su amigo a la extraña visita de Greta!

¡Había tantos misterios en los que no le dejaban entrar!

Fue precisamente la visita de Greta lo que le hizo recordar aquello.

Lo que le hizo preguntar:

—Oye, Terry; ¿cuántas funerarias hay en Kansas City?

—¿Qué dices?

—Que cuántas funerarias hay. Me interesa saberlo.

—Oye, muchacho, tú estás mal de la azotea. Si la diñas, cosa que me parecería muy bien, no entregarán tu cuerpo a todas las funerarias a la vez. Se lo entregarán sólo a una. ¿Para qué te interesa saber cuántas hay?

—Contéstame si es que lo sabes. Es un asunto que me obsesiona.

—Bueno, .vamos a ver… Hay cuatro o cinco… Eso es: Hay cinco.

—¿Dónde están?

—Una en Independence, otra en la zona de Houston Lake, una tercera en Glastone, la cuarta en Stony Point y la quinta muy cerca de aquí, en el barrio alegre de Northmoor.

—¿Alguna de ellas está en una calle tortuosa?

—No te acabo de entender, amigo. Las calles de Kansas City son rectas, o en todo caso hacen curvas muy suaves. De tortuosas, nada. ¿Pero a qué viene todo eso?

Sexton iba a contestar algo, pero no tuvo tiempo.

De pronto la decoración en torno suyo había cambiado.

Los cinco eran profesionales del cuchillo, eso se notaba por el modo de actuar.

En cuestión de segundos se lanzaron sobre los dos hombres como una nube de langostas.

Fue algo alucinante, tan rápido como un parpadeo.

Lo mismo Terry que Sexton pensaron, al verles volar hacia ellos, que dentro de unos segundos ambos estarían convertidos en carne picada.

Los cuchillos no les perdonarían.

Pero reaccionaron porque los dos estaban acostumbrados a vender cara su piel.

Sexton sacó con un movimiento fulgurante el cuchillo que llevaba remetido en su bota derecha, y en cuanto a Terry sacó algo más.

Algo que nadie esperaba y que provocó un grito unánime de asombro.

Terry había estirado la pata.

En el buen sentido de la palabra, se entiende.

Había estirado la pata coja.

Y de la punta de la pieza de madera surgió con ese solo gesto un estilete de tres palmos de largo, que se hundió como una exhalación

en el vientre del enemigo que estaba más cerca.

Este lanzó una especie de aullido cargado de sorpresa y de horror, mientras al retroceder se llevaba el estilete clavado en sus carnes.

Mientras tanto Terry había saltado como un tigre.

Y todos se dieron cuenta de una cosa.

De cojo nada.

¡Aquel tipo llevaba en su pierna una maldita trampa!

Pero si rápido había sido Terry, mucho más lo estaba resultando Sexton.

Lanzó su cuchillo con un movimiento fulgurante.

Y el enemigo más peligroso, el que estaba más cerca, recibió el impacto en pleno corazón, mientras lanzaba un alarido.

Rebrincó hacia atrás, soltando su Bowie, mientras los otros tres insistían en el ataque.

Lo mismo Terry que Sexton rodaron por el suelo.

Su rapidez era sencillamente increíble.

Los cuchillos de sus enemigos se clavaron maquinalmente en la mesa y en las sillas en que ambos habían estado antes.

Sorprendidos, los tres asesinos vacilaron sólo unos segundos, sin comprender aún cómo era posible que hubiesen fallado. Y esa leve vacilación casi imperceptible, les costó la vida.

Terry acababa de disparar desde el suelo.

La bala atravesó la frente del enemigo que estaba a su derecha.

En cuanto a Sexton, acababa de romper la botella de whisky que había caído al suelo y la empuñó por el cuello, convertida en una cadena de puntas afiladas que podían segar el cuello de cualquier hombre.

Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Cuando otro de los cuchilleros atacaba, Sexton dibujó un gesto fulgurante con su brazo derecho.

Aquello brilló como la hoja de una guillotina.

Y su enemigo lanzó un grito al sentir aquel dolor insoportable en el cuello, aquel dolor por el que se le escapaba la vida.

El otro se dio cuenta de que todo había fallado.

Trató de huir, saltando hacia la puerta con la velocidad de un gamo.

Pero Sexton hizo lo que habían hecho muchos otros antes que él.

Se colgó de la lámpara más próxima y trató de hacer péndulo con ella para caer sobre la espalda de su enemigo.

Pero la lámpara ya estaba demasiado baqueteada.

Cayó con estrépito, arrastrando consigo a Sexton y un pedazo del techo.

Un pedazo tan grande que permitió ver el suelo de los reservados que estaban arriba.

Asomaron las piernas de una chica que estuvo a punto de caer por el hueco.

—¡Eh! ¡Malditos canallas! ¡Cerdos indecentes!

Alguien gritó desde abajo:

—¡No te muevas, nena! ¡La perspectiva es estupenda!

Mientras tanto, Sexton había ido a estrellarse contra la barra.

También éste era un espectáculo muy usual.

La barra estaba hecha cisco de tantos trompazos como se habían pegado contra ella.

El dueño ni siquiera hizo caso.

Siguió sirviendo.

—¡Marchan dos jarras bien frías…!

La gente seguía bebiendo tan tranquila.

Muchos clientes ni siquiera pestañearon.

Pero mientras tanto el último de los cinco atacantes había logrado huir.

Los batientes aún se movían después de su paso.

Sexton intentó saltar hacia allí para perseguirle, pero un dolor muy vivo en la pierna izquierda le indicó que el trompazo había sido de pronóstico.

Durante un buen rato sería inútil correr.

Lanzando una maldición, se volvió hacia el sitio en que había caído Terry.

Pero aquel condenado ya no estaba.

Por ser «cojo», el tío brincaba como un cabrito.

Sexton comprendió que ya nada sacaría en limpio de allí.

Y escapó antes de que llegara el sheriff, porque con todos aquellos líos iba a estar reclamado cien veces…

Así fue como volvió a la casa del médico asesinado. así fue como volvió al barrio elegante, residencial, donde a los agentes de la ley no se les ocurriría buscarle nunca.

Pero la condenada aventura no había hecho más que empezar, y lo peor era que Sexton lo sabía.

CAPITULO VII

Sexton murmuró:

—Espero que ahora te encuentres mejor, Greta.

Ya no estaban en la casa del médico, sino en un lugar bastante más animado y al propio tiempo mucho más prosaico: el bar de un hotel de una calle de Independence, al sur de Kansas City.

Los dos se hallaban sentados ante la barra, pero en el lugar más solitario de ésta, y nadie podía oírles, puesto que hablaban en voz muy baja.

Al otro lado de los cristales veían desfilar la fauna humana que era el distintivo de esta zona: vaqueros medio borrachos, rancheros con el cigarro entre los labios, mujeres de vida alegre...

Todo este mundo penetraba por las tristes pupilas de Greta, que miraba hacia el exterior con un rictus de cansancio en los labios.

—Me encuentro mejor, gracias —dijo al cabo de unos segundos.

—Te he traído aquí pensando que quizá estás demasiado sola. Este ambiente será todo lo vulgar que quieras, pero al menos no resulta propicio a las pesadillas.

—No son pesadillas —dijo ella lentamente, mientras sorbía unas gotas de su vaso de brandy.

—¿Aún crees que esa calle existe?

—Tiene que existir.

Sexton encendió un cigarro.

En sus labios también se dibujaba una línea de cansancio.

—He dado cien vueltas por Kansas City —musitó mientras exhalaba dos columnitas de humo—. No hay ninguna calle como la que tú dices.

—¿Las has visto todas, una tras otra?

—Puede decirse que lo he hecho. He estado revisando todas las funerarias, las he visitado una por una. Puedo asegurarte que ninguna calle coincide con la que tú dices.

Ella le miró con interés.

Se daba cuenta de que Sexton había hecho un esfuerzo total, exhaustivo, para ayudarla y en los ojos de la muchacha brilló como una chispita de gratitud.

Fue sólo un momento, sin embargo.

Inmediatamente volvió a asomar a ellos aquella expresión tenebrosa.

—¿Quieres decir que has visto todas las funerarias de Kansas City, Sexton?

—Así es.

—No debías haberte molestado tanto por mí. Tú eres un médico muy ocupado, y vives de tu trabajo. No es justo que te obligue a perder el tiempo de esta manera.

—Nadie me ha obligado. Lo he hecho con gusto.

Depositó el cigarro en el cenicero que tenía junto al vaso y añadió:

—De modo que puedas considerar resuelta la cuestión. Esa calle no existe. Son todo simples sueños.

—Intento comprender lo que me dices, y no creas que en cierto modo yo no he llegado ya a esa misma conclusión. Sin embargo…

Sus palabras se cortaron durante un momento.

El inquirió:

—¿Sin embargo, qué…?

—He vuelto a soñar otra vez con esa calle.

—No tiene importancia. Quizá sueñes con lo mismo durante algunas semanas, sin poder evitarlo. Pero ello no influirá en ti mientras comprendas que es eso, simplemente un sueño.

—Es que anoche recordé un detalle más.

—¿Recordaste?

—Ya te digo que cada vez que sueño con esa calle es como si la hubiera visto realmente el día anterior.

—¿Y qué es lo que viste esta vez?

Ella volvió a beber otro sorbo.

Sexton se dio cuenta de que la mano de la muchacha temblaba ligeramente al alzar el vaso.

—Vi un andamio de madera, de los que usan los albañiles para trabajar a cierta altura en las construcciones.

—¿Un andamio de madera?

—Yo lo vi, o mejor dicho lo soñé. Había allí una casa en reparación, con un gran andamio de madera pegado a la fachada.

Dejó el vaso sobre la barra.

Su mano ya no temblaba, pero sus ojos se habían ensombrecido.

Miró a Sexton con expresión ausente, como si ambos se hallasen muy lejos el uno del otro.

—Los sueños, por muy detallados que sean, son eso simplemente: sueños —dijo él, intentando quitar importancia a la situación—. No hay que estar pendiente de ellos.

—Sin embargo, los sueños son peligrosos.

—Sí, no voy a negarlo. ¡Claro que no voy a negarlo! —dijo Sexton firmemente—. Por eso te pongo en guardia contra lo que sucede. Debes olvidarlo por completo.

—¿No es posible que yo esté soñando algo que viví en mi niñez? —preguntó ella, inquieta.

—¿Tu niñez? Yo no te conozco, y no sé si te has movido de aquí. ¿En qué ciudades estuviste antes?

—Lo cierto es que, por ahora, no he salido de Kansas.

—Pues al menos en Kansas City no existe. Definitivamente, debes dejar de pensar en ello.

Greta insistió, anhelante:

—¿No es posible que esta calle corresponda a algo que ha visto un antepasado mío?

—¿Es que te vas a poner ahora a creer en la transmigración de almas, Greta?

—No es eso. No estoy pensando ahora en la transmigración de las almas, pero está científicamente demostrado que los sueños se heredan, del mismo modo que una mujer puede heredar, por ejemplo, los ojos rasgados de su madre.

Después de un nuevo sorbo, añadió:

—Durante el sueño nuestra mente se libera de dos barreras fundamentales, que son el tiempo y el espacio. Por eso hay personas que han sentido en sueños lo que sus abuelos sintieron. Sobre todo durante la niñez, cuando la mente no está aún cargada, esas cosas ocurren con frecuencia. ¿No has soñado tú nunca, Sexton, que saltabas al vacío, como si fueras de un árbol a otro? ¿Y no has sentido en ese momento una indecible angustia?

—Cierto. A todos nos ha sucedido alguna vez, sobre todo de niños.

—Pues parece estar fuera de toda duda que esa sensación se transmite de unos seres humanos a otros desde la más profunda noche de los tiempos..., se está transmitiendo desde que los seres

humanos tenían los pies prensiles, como los de los monos y podían sujetarse con ellos a las ramas de los árboles. Desde esa terrible oscuridad del pasado nos llega aún, durante el sueño, la sensación que ellos tenían al saltar de un árbol a otro, cuando aún no eran siquiera seres humanos. Pero nosotros somos incapaces de identificarla, y por eso nos parece que estamos cayendo al abismo. ¿No vendrá a mí desde un tiempo muy lejano lo que yo veo en sueños, Sexton? ¿No tendrá su raíz en algo que sucedió quizá muchos siglos atrás?

Sexton cabeceó lentamente.

Se había hecho también él aquella misma pregunta pero sin conseguir dar con una respuesta válida.

Además había mil factores que desmentían lo que la muchacha pensaba. No, no, todo aquello era absurdo.

—Hace siglos no existían calles tal como tú has imaginado la tuya.

—Lo comprendo. ¿Fue quizá algo que vio mi madre? Las calles de Kansas City eran ya más o menos iguales hace quince años, sobre todo en las partes menos comerciales, donde los cambios de los edificios son muy lentos. ¿Qué piensas tú de esto, Sexton?

—¿Cuándo murió tu madre?

—Hará unos diez años.

—No sé qué pensar, me parece muy difícil. Casi absurdo.

—Quizá ella me habló de algo...

—En ese caso no soñarías con tantos detalles.

—Tal vez me llevó ella a esa calle, cuando yo era una niña.

—Imposible. Te he dicho que he estado viendo todas las calles de Kansas City donde hay instalada una funeraria.

Ella suspiró.

Parecía desalentada durante unos momentos.

Sexton pensó que no hay nada peor que un alucinado que empieza a encontrar gusto a las alucinaciones. Le fastidia que todo el mundo le demuestre que lo que él estaba viviendo no es más que una columna de vapor, un solemne vacío, una gran mentira.

En ese caso, Greta, desdichadamente, no se curaría nunca.

Ella insistió:

—¿Y si la funeraria existía entonces, pero no existe ahora? ¿Y si yo recuerdo la calle tal como era y no como es hoy? Puede haber

cambiado mucho, compréndelo.

Sexton dio vueltas a la idea.

Dentro de lo ilógico que era todo aquello, la idea resultaba sólida, tenía que reconocerlo.

Greta podía haber sido llevada durante su niñez a una calle que ahora era distinta. Y ella la soñaba todas las noches tal y como la vio entonces, no como era hoy.

En estas condiciones, se podían dar cien vueltas a la ciudad sin encontrar jamás la calle a la que aquel sueño correspondía.

Y, mientras tanto, Greta no se curaría nunca, no llegaría a darse cuenta de que aquel sueño carecía en realidad de importancia.

Era como para desesperarse, porque él sentía por Greta algo que nunca había querido confesar.

Porque ella había sido para él una mujer distinta, desde el primer instante en que se vieron.

Y ahora ella estaba envuelta en un clima de alucinación, de pesadillas, que llegaban a obsesionar.

Bueno, al diablo.

Ni uno ni otro conseguirían nada dando vueltas a aquel tema.

Dejó sobre la barra sesenta centavos, el importe de la consumición más una pequeña propina, y se volvió hacia la salida.

—¿Vamos? Te invito a una función de canciones líricas en el Hudson. Aún llegaremos a tiempo.

Tomó en la mano un ejemplar del periódico local y que había dejado sobre la barra.

Era el último número del *Kansas City Star*. Se lo puso bajo el brazo izquierdo y empujó la puerta para que la muchacha saliese.

Fue entonces cuando el periódico resbaló y cayó al suelo.

Sexton se inclinó para recogerlo.

Sus ojos se posaron entonces en el pequeño titular de una noticia en el centro de la página por la cual el periódico estaba doblado.

Ese titular decía sencillamente: «Albañil muerto al caer a la calle desde un andamio de madera.»

Sexton quedó unos momentos sin respiración, aquello coincidía en gran parte con lo que Greta había soñado la noche anterior.

Pero no dijo nada. Salió tras ella, mientras intentaba sonreír. Su sonrisa, sin embargo, era fría.

CAPITULO VIII

Sexton acababa de conciliar el suelo cuando de pronto le pareció que algo resonaba dentro de su cráneo. Con el instinto del hombre que siempre ha vivido cerca del peligro, se despertó y se incorporó en la cama de un salto. Mientras tanto su derecha volaba ya hacia el «Colt» que tenía debajo de la almohada.

Pero en esta ocasión hubiera llegado tarde.

El hombre que acababa de entrar en la habitación era un auténtico profesional que acababa de llegar hasta allí deslizándose como una sombra. Hubiese podido matar a Sexton antes de que éste reaccionara, a pesar de que Sexton tenía el oído de un lobo.

Se quedó con el revólver amartillado, mirando a Terry.

Terry reía silenciosamente.

Ya no iba cojo, el muy condenado.

Ahora vestía de otro modo, se había puesto una barba postiza y nadie hubiera reconocido en él al tipo que había dado reposo eterno a un par de hombres en el saloon El Eterno Reposo.

Sexton balbució:

—Maldito condenado... ¿Cómo has podido entrar?

—Soy experto en meterme en cualquier clase de sitios. ¿Cómo es que vives aún en casa de tu amigo?

—No he encontrado un lugar mejor donde ocultarme, pero mañana por la mañana pensaba irme. Ha pasado ya el lunes. Me extraña haber tenido la suerte de que no haya venido ninguna visita, aunque he procurado estar todo el día fuera, para que no me viese la asistenta. Pero si llega a venir un cliente que conociese al verdadero Sexton, todo mi plan se hunde.

Terry hizo un gesto de cansancio.

—¿Tu plan? —susurró—. Lo peor de todo es que tú no tienes un verdadero plan, muchacho. Por eso he venido a verte.

—¿Qué es lo que piensas, Terry?

—Ayer, lunes, te vi otra vez con Greta en el bar de un hotel. ¿Qué te pasa con esa chica? ¿Es que un granuja como tú ha llegado a interesarse por ella?

—No sé lo que me ocurre. Quizá su caso me obsesiona.

—¿Y cuál es su caso para que estés perdiendo tanto tiempo con él?

—En primer lugar, he de decirte que ella me confunde con el verdadero doctor Sexton y, por tanto, he de seguir mi papel si no quiero correr el riesgo de que se descubra la muerte de éste. Pero no lo hago sólo por eso. Me preocupa el caso de Greta, está atormentada porque sueña en una calle que no existe.

Terry lanzó una especie de imprecación.

—¿Y a ti qué te importa eso, muchacho? ¿Te va o te viene de un sueño más o menos? Lo único que importa es preparar bien el viaje del señor Morgan.

—¿Para eso has venido?

—Sí. Para eso he venido.

—Pues podrías decirme quién diablos es el «señor Morgan». Ya estoy harto de trabajar para alguien a quien no conozco.

—Trabajas para mí —dijo Terry—. Y lo que es a mí, me conoces perfectamente.

—Hum... ¿Qué sé de ti realmente, Terry? Que eres un pistolero profesional. Que has trabajado en las mismas malditas causas que yo, por ejemplo, en la limpieza de ciudades y en la protección de fulanos a los que alguien quería matar. Pero de pronto apareces con dinero y sin que tengas ningún empleo conocido. ¿Para quién trabajas tú realmente, Terry? ¿Quién infiernos te paga?

Terry movió la cabeza negativamente.

—No sigas por ese camino, muchacho. No voy a decirte una sola palabra.

—Pues entonces harás bien en largarte.

—A otro perro con ese hueso, muchacho. Tú te comprometiste en este trabajo y vas a seguirlo hasta el final. Necesitamos que el camino esté despejado cuando pase por aqui el señor Morgan.

—¡El señor Morgan! ¡Y dale con ese tío!

—Te diré lo que has de hacer.

—¿Qué he de hacer?

—En primer lugar, dejar este sitio. Es casi milagroso que no haya venido ningún cliente aparte de Greta, pero vendrán y entonces todo se irá al infierno.

—Ya pensaba largarme al amanecer.

—En segundo lugar, olvídate de Greta. A todo el mundo le tiene

sin cuidado las calles que existen o no existen en Kansas City. Si ella es una visionaria, nadie tiene la culpa.

—Trataré de olvidarla, aunque no puedo responder de eso:

—Si la chica te gusta, podrás intentar combinar algo con ella cuando termines el trabajo.

—No se trata de «combinar» nada con ella. Greta me interesa de un modo especial, me interesa de un modo mucho más sincero que todo eso. Además, me temo que este asunto no sea una simple alucinación. Me temo que acabe siendo asesinada, aunque no sé por quién.

—De todos modos, olvídalo. Para tu trabajo, no te interesa nada esa chica.

—Lo intentaré —prometió Sexton.

Y estaba dispuesto a cumplir aquello. Estaba dispuesto a arrancar a Greta de su memoria y de sus sentimientos.

Aunque le fuera angustiosamente difícil.

Terry continuó.

—Ha llegado a Kansas City el senador Donovan.

—¿Y qué?

—Supongo que lo has oído nombrar.

—Sí, claro que sí. Es un político que tiene grandes aspiraciones. Se dice que trata de llegar hasta lo más alto.

—Justo, muchacho, justo. Hasta lo más alto…, o hasta lo más bajo. Por eso tienes que hacer una visita.

—¿Yo?

Sexton miraba incrédulamente a su extraño jefe.

—Oye, Terry —masculló—, yo nunca he entendido de política. Soy un hombre que ama el Oeste y que quiere estar más bien lejos de los cambalacheos que se arman en Washington. Además, a ese zorro de senador no voy a saber qué decirle.

—No tienes que decirle nada, muchacho. Todo te lo dirá él a ti.

—¿Qué tratas de insinuar?

—El se hospeda en el hotel Newmore. Ya sabes lo que es aquello. Una especie de casa de juego gigantesca donde se puede encontrar las mejores chicas de Kansas. Muchos millonarios van a descansar allí o a cansarse, según como se mime. Bueno, pues Donovan ha alquilado todo el hotel durante dos días. Ya supongo que trata de celebrar allí una convención la mar de extraña.

—¿Una convención de qué?

—De pistoleros. Eso es lo que pienso. Posiblemente lo encuentres rodeado de todo el estado mayor de los asesinos de Kansas. Y si al verte por allí te da la «bienvenida» es que no me he equivocado. Es que justamente ocurre lo que yo pienso.

—Oye, Terry, maldito seas. Yo también sé pensar.

—¿Sí? ¿Y qué piensas, pichón?

—Que van a aplastarme, como una lagartija. Puede que me encuentre con diez revólveres que funcionarán contra el mío. ¿Y entonces qué pasa?

Terry dijo hipócritamente:

—Que descansarás en paz.

—Maldito seas, pedazo de carcamal. El día en que me dijiste que viniera a verte, debí haberme roto una pierna.

—Ya me la rompí yo, muchacho, ya me la rompí yo —dijo Terry con más hipocresía aún.

Y cerró la puerta.

CAPITULO IX

Desde lo alto del caballo Sexton oteó el cruce de caminos. Era martes y estaba anocheciendo ya. Por la mañana, muy temprano, había abandonado la casa del médico para lanzarse hacia la llanura. Desde un punto de observación muy bien disimulado había estado vigilando a todos los que se dirigían hacia el hotel Newmore. Pero con resultado nulo, porque durante todo el día no se había acercado por allí más que «nos cuantos proveedores de mercancías, unos cuantos tahúres y unas cuantas chicas.

Eso indicaba, de todos modos, que en el hotel Newmore había mucha concurrencia.

Y ahora, al anochecer, el joven había resuelto dirigirse hacia allí cumpliendo las órdenes de Terry.

Dejó atrás el cruce de caminos y al cabo de unos instantes pudo ver, entre los árboles, el hotel Newmore. Era uno de los sitios más elegantes de Kansas y el precursor de muchos otros lugares de diversión de aquella clase que llegaría a haber en el inmenso país. Las luces de las ventanas se encontraban encendidas y todo el ambiente reflejaba una gran animación.

El joven dejó que su caballo paciera tranquilamente entre los árboles y se acercó a pie, procurando que nadie le viese. Daba por descontado que alguien estaría vigilando cerca de las puertas.

De todos modos no era difícil acercarse allí gracias a la espesura que formaban los árboles. Sexton llegó a las inmediaciones del hotel teniendo la seguridad de que nadie le había visto.

Pero a partir de aquí empezaba lo complicado.

Tenía que entrar sin llamar la atención, y eso era casi imposible a causa de extenderse un espacio despejado desde la entrada del jardín del hotel hasta las paredes de éste.

Vio entonces una muchacha que paseaba cerca de la puerta.

Era una cortesana, no cabía duda. Era una de las chicas alegres que habían dado fama al hotel Newmore.

Sexton se acercó tranquilamente.

—Buenas noches, nena.

Ella le miró asombrada, parpadeando. Tenía la sensación de que

el hombre acababa de surgir desde el fondo de la tierra.

—¿Quién es usted?

—No sé por qué te extrañas tanto, preciosa —dijo Sexton de una manera ambigua—. Todos pertenecemos al mismo grupo.

—¿Eres uno de los hombres que ha citado Donovan?

—Pues..., pues, sí.

Los ojos acerados de Sexton brillaron un momento. Tenía razón Terry. Aquello era una especie de convención. ¿Pero una convención de qué?

Ella le miraba con atención creciente.

—No pareces uno de ésos —dijo al fin.

—¿No lo parezco? ¿Por qué?

—Tú tienes pinta de persona respetable.

Sexton desvió la mirada, mientras en el fondo de sus ojos brillaba una chispita.

Aquél era un detalle importante, qué demonios. Y no lo había tenido en cuenta.

El iba vestido con las ropas que fueron del médico, lo cual le daba un cierto aspecto de caballero. En cambio los otros recién llegados no iban vestidos así. Los otros eran vaqueros o pistoleros. Esto último seguramente, porque a los pobres vaqueros honrados nadie les invitaba a un sitio como el hotel Newmore.

—Bueno —dijo mientras reía quedamente—. Yo despisto un poco, ¿sabes? Pero, ¿y los demás? ¿Ya han llegado todos?

—No sé cuantos tenían que venir. A las chicas nos han dicho que estuviéramos aquí y que nos pagarían muy bien.

Por lo visto hay un pez gordo: nada menos que el senador Donovan.

—¿Cuántos hombres han llegado?

—Unos doce,

Sexton ya sabía bastante.

Sabia, por lo pronto, que allí iba a organizarse un bonito jaleo en cuanto le descubrieran. Y como los malos tragos cuanto antes mejor, se dirigió hacia la puerta.

Tuvo una sorpresa al ver que la muchacha venía con él. Lo hacía con naturalidad, creyendo que era uno de tantos pistoleros como se habían reunido en el elegante hotel.

—Por favor, será mejor que te vayas.

—¿Por qué?

—Va a haber ja..., ja..., ja...

No, Sexton no se estaba riendo. Todo lo contrario.

Trataba de decir que iba a haber jaleo, pero las palabras se le habían atragantado al ver los dos gorilas que venían hacia él.

Eran, sin duda, pistoleros profesionales de los que guardaban la entrada, pero por suerte no debían haberle reconocido aún, ya que de lo contrario habrían disparado sin contemplaciones. En ese momento sólo pretendían echarle de allí como a un perro.

—Tú, pedazo de sarna, ya estás saliendo fuera...

Sexton rió.

Tenía una risa extraña, metálica.

Y disparó el puño derecho.

También tenía un puño metálico.

Sonó una especie de brutal «catacloc» y el pistolero saltó hacia atrás, con los brazos en cruz y los ojos en blanco.

El otro había llevado la mano al revólver.

Pero Sexton no le dio tiempo.

De un puntapié envió el Colt de su enemigo lejos de la funda, mientras preparaba el puño izquierdo.

Fue un cañonazo tan duro como el primero. El gun-man se convirtió en algo así como un precursor de lo que más tarde serían los astronautas. Dibujó una especie de tirabuzón en el aire y se estrelló contra la puerta.

El primero ya trataba de levantarse y llevaba la derecha febrilmente hacia el Colt.

Sexton no le dio tiempo. El trabajo que había hecho su puño lo terminó con un demoledor punterazo al mentón de su enemigo.

Los dos quedaron KO.

Y aunque parecía mentira..., ¡eso se había logrado sin apenas ruido! ¡Nadie de los que estaban dentro del hotel tenía por qué haberse dado cuenta!

La chica que le había acompañado hasta allí le miraba con asombro. No entendía una sola palabra. Se llevó un momento las manos a la barbilla y susurró:

—¿Pero qué ocurre? ¿Es que esos dos estaban enfadados contigo?

—Me parece que no te has hecho cargo de la situación, muñeca.

—Pues, ¿qué pasa?

—Mientras lo piensas, yo voy a dar una vuelta por ahí dentro. Abur, muñeca. Puede que dentro de poco nos veamos los dos en un hospital.

Y entró en el edificio.

Al parecer, el camino estaba libre.

No se veía a más gorilas por las cercanías. El joven subió unas escaleras alfombradas y se encontró de pronto con una recepción por todo lo alto.

Una escopeta de cañones aserrados le apuntaba a la cabeza.

Detrás de la escopeta había unos ojos brillantes, una boca torcida y una cara, en fin, de hijo de perra que sólo al verla se tenían síntomas de gripe.

El de la escopeta farfulló:

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te han dejado pasar?

—Vengo a traer un recado a Donovan —dijo Sexton.

—¿Sí, eh?

—Mira, hombre, mira... Te lo enseñaré.

Y el joven introdujo la derecha en el bolsillo de la levita, como si fuera a sacar un papel. Pero lo que volvió a sacar fue la mano vacía con una rapidez que desconcertó al otro.

No había transcurrido ni un segundo cuando ya se ladeaba y tiraba del doble cañón de la escopeta.

El dueño de ésta, que la sujetaba firmemente, siguió el mismo camino.

No le quedaron fuerzas para disparar, porque Sexton, mientras tiraba de él, levantó la pierna derecha y le propinó un terrible punterazo en el bajo vientre. Su enemigo ni siquiera chilló. Quedó sin respiración y puso una cara espantosa, mientras parecía acordarse de todos los antepasados de Sexton, uno tras otro. Pero antes de llegar a la tercera generación, ya había chocado contra una de las paredes y había perdido el sentido.

El joven tragó saliva.

Había hecho algo de ruido esta vez, pero era lo de menos que se podía pedir.

Adivinó que las cosas iban a complicarse en seguida.

Y, en efecto, se abrió una de las puertas.

Un tipo con cara de perro dogo apareció en el umbral.

Dilató mucho los ojos, con expresión de pasmo, al ver allí a

Sexton.

Y se acordó de la mamá de éste.

Sexton también se acordó de la suya.

Con la mano izquierda le tapó la boca para que no chillara, mientras le giraba el cuerpo y se, situaba a su espalda.

Con la derecha le apretó férreamente el cuello, a la altura de la nuez de Adán.

Todo resultó tan veloz como un parpadeo y tan violento como el zarpazo de un tigre.

El tipo se arrugó.

No pensó en llevar la mano al revólver, sino en librarse de aquellos dos dedos de hierro que le estaban estrangulando.

No tuvo la suficiente serenidad para pensar que aún podía disparar un arma.

Cuando quiso recordarlo, ya Sexton le había torcido la cabeza hacia un lado y luego hacia atrás, dibujando con ella un movimiento de torniquete.

Se oyó un leve chasquido.

Y el individuo quedó colgando flácidamente en los brazos del joven, con el cuello roto.

Sexton le dejó resbalar hasta el suelo poco a poco, mientras miraba en torno suyo.

Por lo que pudo notar, en el hotel no se había producido ninguna alarma.

Lo cual no resultaba extraño, porque unas puertas más allá se oían fuertes taconeos y risas mezcladas de hombre y de mujer.

Sin duda los pistoleros alquilados por Donovan se estaban corriendo una juerga.

Sexton comprendió que tenía que darse prisa.

Los enemigos a los que acababa de dejar KO no tardarían en recobrar el sentido.

Avanzó hacia la puerta de la que surgían las risas y la entreabrió en silencio.

Pudo darse entonces cuenta de la sugestiva causa del taconeo que acababa de escuchar.

En la habitación había una gran mesa, sobre la cual bailaban un atrevido «can-can» un par de chicas. Tenían unas piernas tan preciosas como para lanzarse uno de lleno y aterrizar sobre la mesa,

sin pensar en nada más.

Pero media docena de pistoleros coreaban aquel baile con gritos y aplausos, de modo que Sexton pensó: «Aguántate, muchacho.» y cerró la puerta.

Por aquel lado no iba a tener preocupaciones, de momento, pero necesitaba encontrar cuanto antes a Donovan.

Dobló un recodo del pasillo y se encontró con una doble puerta que parecía más lujosa que las otras.

Sin duda aquello era la entrada de una suite.

Sexton empujó un poco la doble hoja de madera, mientras preparaba el revólver, y miró hacia el interior.

Vio a un tipo que estaba tumbado vestido en una lujosa cama.

Junto a él, sentada, se encontraba una muchacha muy joven, que, cuando aquel tipo la miraba, procuraba sonreír, y cuando aquel tipo no la miraba ponía cara de fastidio.

Sin duda era otra de las bailarinas contratadas, pero parecía la más bonita y la más joven de todas.

y si el fulano allí tumbado la tenía en exclusiva, era porque se trataba de Donovan.

Mientras la acariciaba precozmente, el senador estaba hablando con dos de sus hombres, medio repantigados en sendas butacas.

Sexton lo oyó todo perfectamente.

El senador decía:

—...De acuerdo, de acuerdo... Quizá no fue del todo necesario matar a aquel médico llamado Sexton, pero hubo una confusión, y en la duda resultó mejor liquidarlo. Según mis informes, ese tal Sexton era en realidad un pistolero contratado por el Gobierno para efectuar un trabajo de protección y limpieza.

El joven sintió que se le resecaba la boca.

¡Habían matado a su amigo, al médico, confundiéndole con él!

¡Eso indicaba lo importante que era su misión, cuando el propio senador Donovan ordenaba asesinatos a causa de ella!

Una sorda ira subió a la garganta de Sexton.

Estuvo a punto de disparar desde la rendija y matar allí mismo a aquel miserable.

Pero las palabras del senador le hicieron desistir por el momento.

Donovan continuaba hablando.

—No podía tener una vacilación —explicaba a sus hombres—. Si

Sexton era en realidad el pistolero que iba a proteger al «señor Morgan», y si había adoptado la falsa personalidad de un médico, podía hacernos mucho daño. Por eso decidí liquidarlo.

Uno de los pistoleros encendió un cigarro pensativamente.

—Nos informaron mal —dijo—. El verdadero Sexton es un granuja que mató hace poco al cacique Craven, y basándonos en eso hemos logrado que se le declarara un proscrito. En cambio, el Sexton muerto era un auténtico médico y además de cierta fama. En fin, fue un error sólo en apariencia. Un muerto más nunca nos estorbará, en cambio un muerto menos puede echarlo todo a perder. Descanse en paz el matasanos. ¡A lo mejor en el otro mundo encuentra algo que lo resucite!

y lanzó una brutal carcajada.

El joven sintió otra vez aquella especie de nube roja llegando hasta sus ojos.

Estuvo a punto de intervenir, pero se detuvo de nuevo porque alguien más acababa de entrar en su campo visual. Era una mujer preciosa, una mujer ya madura, pero llena de plenitud, con unos ojos quietos, profundos, en los que brillaba una chispita viciosa.

Era una soberbia, una descomunal mujer por la que sin embargo parecía difícil llegar a sentir cariño.

Sus ojos, su cara, no reflejaban ninguna virtud, sino al contrario.

Era una de esas mujeres que se hacen odiosas pasado el primer minuto de pasión que inspiran.

Pero, amigos…, ¡qué minuto!

Sexton estaba como petrificado.

Lo vio poner una pierna sobre la cama, enseñándola en toda su maravillosa línea, es decir, con desparpajo.

—No carguéis a mi cuenta la muerte de ese médico como si fuera una equivocación, ¿eh? Yo cumplí órdenes. Aunque matarlo fue fácil, hay que reconocerlo. Asquerosamente fácil. Yo me situé a espaldas de él mientras hablaba de mis imaginarias dolencias, y él no desconfió. Y entonces, de repente…, ¡chac…!, el puñal en la nuca. Aún me parece oír el golpe de su cabeza cuando se dio contra la mesa…

A Sexton también le pareció oírlo en su imaginación.

Era como si de repente le hubieran convertido en testigo de la muerte de su amigo. Sintió un odio incontenible, un odio denso y

amargo, y si en aquel momento no tomó una decisión salvaje, fue porque la asesina había sido una mujer y eso le frenó de una manera maquinal.

Donovan seguía hablando:

—El caso es que Sexton sigue vivo, y él es el principal peligro que se opone a nuestros planes. El y su jefe Terry, quien hace un par de años era sólo un sucio pistolero, pero ahora ha demostrado ser más listo de lo que todos creíamos. Está tejiendo en torno nuestro una red en la que correremos peligro de quedar envueltos.

—Nada de eso —dijo uno de los pistoleros—. En realidad, están solos él y Sexton. Matarlos no va a ser difícil.

—Ni tan fácil —mascculló Donovan.

—¿Qué propones?

—Hay que organizar una batida. Ese tal Sexton está en Kansas City. Pues bien, no podemos vacilar hasta dar con él y convertirle en algo peor que una sartén agujereada. Todos los hombres disponibles deben buscarlo inmediatamente. Hasta ahora todos nuestros esfuerzos para eliminarle han fracasado, pero no podemos volver a fallar otra vez.

Sexton se dio cuenta de que no podían imaginar que estuviera en la casa del médico.

Seguro que le habían buscado en todas partes menos allí.

—De todos modos, nuestro plan no puede fallar —dijo Donovan —. Es tan absolutamente seguro, que el «señor Morgan» se irá al diablo apenas ponga los pies en esta tierra.

—Je, je... ¡El «señor Morgan»...!

—Vaya manera de llamarle.

—Y han creído que engañaban a todo el mundo.

—Como si los hombres que estamos arriba no supiéramos quién es el «señor Morgan» —dijo Donovan—. ¡Qué estupidez!

—De todos modos hay que reconocer que han tomado precauciones —dijo otro de los pistoleros.

—Sí, en Washington tienen miedo.

—Después de lo que pasó con Lincoln...

—Exacto. Todo cuidado les parece poco.

—¿Y qué va ha hacer cuando el «señor Morgan» haya sido liquidado, Donovan?

—¿Qué voy a hacer? Muy sencillo. Me haré cargo del poder

inmediatamente. Mis influencias en el Senado y en el Congreso son tan fuertes que nadie se opondrá. El desorden y la confusión apenas durará unas horas. Luego..., ¡mano dura! Entonces actuaré yo. Todos los que no estén conformes se darán cuenta de quién es Donovan. Tengo fuertes reservas de hombres en el Sur y puedo movilizar todas las unidades militares que me hagan falta. Washington caerá como una fruta madura. Nadie podrá impedirlo..., ¡nadie!

Se había exaltado por unos momentos.

El senador Donovan ya se veía entrando triunfalmente en el Capitolio, a los acordes del himno nacional del país.

¿O haría cambiar también el himno nacional.

¿Variaría la Constitución en los Estados Unidos, aquella Constitución cuya defensa había costado ya dos sangrientas guerras?

Sexton pensó en eso fugazmente.

Pero también pensó en algo más, algo más que le heló materialmente la sangre en las venas.

Porque ahora ya sabía quién era el «señor Morgan»...

¡Era el propio presidente de los Estados Unidos!

CAPITULO X

Aquel escalofrío, aquella convulsión brutal hizo que todo el cuerpo de Sexton se estremeciera.

Bruscamente se dio cuenta de todo, se dio cuenta de cosas que de ningún modo hubiera podido llegar a creer.

El presidente Grant iba a hacer un viaje de inspección por Kansas.

Y posiblemente pensara llegar hasta mucho más al Oeste, hasta las tierras en que se luchaba con los indios, a fin de favorecer una serie de tratados de paz.

Los pieles rojas habían sido engañados una y otra vez, pero posiblemente confiaran en el «Gran Padre Blanco» que gobernaba desde Washington.

Sí, el presidente Grant tal vez pensara llegar lejos.

Tal vez hubiera dejado fructificar en su corazón la ilusión de que con aquel viaje podría pacificar el país.

Pero Donovan y su cuadrilla de ambiciosos tenían determinado que no iba a llegar más allá de Kansas City.

Grant tenía que morir.

¿Pero, cómo?

¿Cuál era el «plan infalible»?

No se mata así como así a un presidente de Estados Unidos.

Según y cómo, puede ser muy fácil.

Allí estaba el ejemplo de Abraham Lincoln.

Y más tarde habría otros ejemplos en la historia, algunos de los cuales Sexton no podía ni soñar aún.

Pero en todas esas muertes, en todos esos asesinatos, había influido la suerte, y sin embargo, Donovan hablaba de algo que no podía fallar, hablaba de «un plan infalible». ¿Cuál?

Los pensamientos de Sexton volaban.

Sus nervios vibraban de tal modo que le producían pinchazos a flor de piel.

Había llegado a olvidarse de que corría peligro, de que estaba metido en la mismísima boca del lobo.

Y de pronto se hizo el silencio en torno suyo.

El «can-can» en la habitación próxima había cesado.

Los pistoleros ya no aplaudían.

Eso significaba que podían salir al pasillo de un momento a otro.

Y también los que estaban KO podían recobrarse. Por lo tanto Sexton debía tomar una decisión.

Por su gusto, la decisión hubiera sido sencilla: entrar allí y llevarse detenido a Donovan a punta de revólver, después de liquidar a todos los pistoleros que hiciese falta.

Pero no se detiene así como así a un senador.

Hacen falta pruebas muy concluyentes, y él no tenía ninguna. ¿Lo que acababa de oír? Lo que acababa de oír no significaba nada. ¡Ni siquiera se había mencionado al presidente de Estados Unidos! ¡Se había mencionado sólo al «señor Morgan»!

Esa vacilación estuvo a punto de serle fatal.

En aquel momento alguien gritó al otro lado del pasillo.

—¡Eh, muchachos…!

Era uno de los pistoleros.

Acababa de salir y acababa de ver a Sexton junto a la puerta.

Sexton no lo dudó esta vez.

¡Al infierno!

Tiró desde la cadera, sin apuntar, pero sabiendo que la bala daría en el blanco, porque su enemigo ocupaba casi todo el pasillo.

Y, en efecto, un segundo después lo había visto aplastarse contra una de las paredes con la cara bañada en sangre.

Pero la situación había cambiado en un instante.

Ahora se oían gritos por todas partes, y en especial dentro de la suite en que se hallaba Donovan.

Este chilló con una voz casi femenina:

—¡Cuidado! ¡Alguien está aquí…!

Otros pistoleros iban saliendo de la habitación en que acababan de ver bailar el «can-can».

No se dieron cuenta de que salían hacia la muerte.

No se dieron cuenta de que allí sólo había un revólver cargado y dispuesto a barrerlos.

Sexton disparaba como una auténtica ametralladora.

Cinco balas.

Cinco hombres que atravesaron las fronteras del Más Allá sin tiempo de sacar los Colt, mientras en sus caras se dibujaban

expresiones de pasmo, de incredulidad, de espanto.

Y de muerte.

Pero ahora Sexton no podía entretenerse más.

No sólo necesitaba recargar el Colt, sino que en cualquier momento iban a salir los otros pistoleros de la suite, cazándole entre dos fuegos.

Saltó por la ventana, rompiéndola con el peso de su cuerpo.

Los gritos y las maldiciones arreciaron.

Pero era dudoso que le hubieran visto bien.

La confusión era espantosa.

Uno de los tipos que antes había quedado KO en el jardín se estaba recuperando.

Miró a Sexton con ojos sanguinolentos.

Había movido la mano para sacar el Colt.

Pero Sexton le estrelló el suyo en la cara y luego le aplicó un fulminante punterazo al mentón.

El tipo se desvaneció de nuevo, convencido de que dormido se estaba más tranquilo que despierto.

Sexton se apoderó de su revólver y giró hacia la casa.

Otro de los pistoleros asomaba por una de las ventanas.

Y ése sí que llegó a verle.

Pero le sirvió de muy poco.

Sexton le envió una bala al centro de la cabeza y lo hizo caer en barrena. El pistolero había salido disparado como si le hubieran empujado desde atrás.

Ahora Sexton atravesó corriendo el jardín y se perdió entre los árboles. En el momento en que lo hacía, varios riñes crepitaron contra él. Pero los troncos le protegieron y además le ocultaron a la vista de sus enemigos.

Su caballo estaba cerca.

Montó en él de un salto y se perdió en la distancia, lanzado a un rabioso galope. Supo que sus enemigos no le perseguirían, porque no podían exponerse a irrumpir en Kansas City y enseñar demasiado las caras. Sin duda, Donovan prefería tenerlos «en conserva».

Pero ya buscarían ocasión de matarle. Si sospechaban que era él, no pararían hasta verle muerto.

Y eso, la verdad, hubiera fastidiado bastante a Sexton.

¡Con la de chicas estupendas que había en Kansas!

CAPITULO XI

Terry tenía las facciones color ceniza. Las palabras que acababa de escuchar de labios de Sexton le habían producido una gran contrariedad, pero ya no había modo de seguir disimulando.

Dio unos pasos por el recinto de la cuadra abandonada en que se habían reunido, sin más testigos que la luna y las estrellas.

—Es cierto —dijo al fin—. Es cierto, Sexton, pero hubiese preferido que no lo supiera nadie.

—¿Saber qué?

—Que «el señor Morgan» es el propio presidente de Estados Unidos.

—Yo mismo nunca lo hubiera sospechado —dijo—. ¿Pero por qué se le dio ese nombre?

—¡Bah! ¿Y por qué no? Morgan es un apellido bastante vulgar. Quisimos que no llamara la atención.

—¿Cuál es el objeto de ese viaje?

—Los presidentes, hasta ahora, no se han preocupado gran cosa del Oeste, muchacho, y ya es hora de que lo hagan. Además, Grant confía en que, con su presencia, se podrán concluir una serie de tratados de paz con los indios.

—Imaginaba eso.

—Pues ya sabes bastante.

—No, Terry, no sé bastante, y quiero que tú me expliques. ¿Por qué te eligieron? Tú no eres más que un pistolero, y yo soy otro. Desengañémonos. Los dos somos basura. ¿Por qué nos han elegido para defender al propio presidente del país?

—Porque se confía más en nosotros que en su servicio de escolta. Yo ya había ayudado algunas veces a los federales y en Washington saben qué clase de bicho soy. Confían en mí más que en mucha gente. Saben que cuando doy una palabra la cumplo.

—¿Y en mí? ¿Por qué confían en mí? —preguntó Sexton.

—Porque yo lo dije. Cuando me contrataron para este trabajo les expuse que necesitaba un hombre, sólo un hombre. Les dije: «Con ese tipo me atrevo a ir hasta el fin del mundo.» Pero me hicieron prometer que no sabrías nada de lo que se planeaba, por temor a

que te fueras de la lengua.

—¿Y qué pruebas tenía el presidente Grant de que iban a atentar contra él? ¿Por qué sospechaba?

—Pruebas no tenía ninguna, pero a su servicio de información habían llegado rumores, y esos rumores apuntaron hacia Donovan. El senador Donovan es un ambicioso sin escrúpulos y que reúne muchos intereses en el Sur. La idea que se tiene es de que tratará de matar al presidente apenas ponga los pies en esta tierra peligrosa y donde la vida de un hombre no tiene ninguna garantía. ¿Pero qué sistema empleará para eso? No lo entendemos ni lo entiende nadie. Por eso me buscaron a mí, que tengo fama de conocer muy bien el Oeste Central, a fin de que averiguara algo. Esta vez han confiado más en los pistoleros honrados como tú y como yo.

—Dudo que consigamos nada —susurró el joven pensativamente.

—¿Te llegó a ver Donovan?

—No lo creo, pero sospechará que el que hizo la escabechina en el hotel fui yo. Y me estará buscando con todos sus hombres para darme recuerdos.

—Mientras no te encuentre... —dijo pensativamente Terry—. Pero se me está ocurriendo una cosa. ¿Habrá cambiado sus planes?

—No lo creo. Seguirá con su idea de matar al presidente. Y en cuanto al método a seguir, le oí hablar de «un sistema infalible». No sé cuál es ni puedo imaginarlo. Pero sin duda no se atreverá a enfrentarse a tiros a la escolta presidencial. Sería un suicidio.

Terry meneó la cabeza pensativamente.

—No, no hará eso...

—Pues, entonces, ¿qué...?

—Muchacho, si lo supiera, podría dormir. Y la verdad es que no puedo dormir desde hace al menos una semana.

—Pues tenemos que decidir algo —susurró Sexton—, ¿Cuándo va a presentarse aquí el «señor Morgan»?

—Dentro de tres días.

Sexton farfulló:

—Tres días...

Le parecía imposible conseguir nada en ese tiempo.

Y además no podría moverse con libertad. La sorpresa había fallado. En Washington eligieron dos pistoleros a fin de que «despejaran el camino», confiando en que Donovan no averiguaría

quiénes eran. ¡Había averiguado y estaba sobre la pista! Sexton, el médico, había muerto por esa razón.

Terry se encogió de hombros.

—En fin —dijo—, nada ganaremos con estrujarnos el cerebro ahora. Lo que debemos hacer es ocultarnos para que no nos liquiden a nosotros antes que al «señor Morgan». ¿Dónde piensas pasar la noche?

—Este es un buen sitio —dijo Sexton.

—Lo malo es que conviene que uno de nosotros esté en la ciudad por si oye o ve algo. ¿Lo echamos a suertes?

—No, no hace falta —murmuró Sexton—. Iré yo mismo. Creo que en Kansas City quedan los suficientes sitios ignorados como para que pueda ocultarse un hombre.

Hizo una seña a su compañero y salió de allí para dirigirse a la ciudad.

Las calles, en la zona residencial, le parecieron vacías, solemnes…

Pero él mientras la contemplaba desde la silla de su caballo, no pensó que podía haber estado a punto de dar con la solución al enigma.

No. No lo imaginó siquiera.

CAPITULO XII

Mientras bordeaba la ciudad, intentando encontrar algún sitio abandonado para pasar la noche, alguien le llamó desde la oscuridad.

Su sorpresa fue total, porque no imaginó que alguien le estuviera vigilando. Y se dio cuenta demasiado tarde de que había cometido un error, un terrible error, al confiarse tanto.

Porque del mismo modo que le había visto aquella mujer, pudieron haberle visto los pistoleros de Donovan.

En efecto, era una mujer la que le había llamado.

Y el joven acababa de reconocer la voz.

Hizo girar el caballo y se acercó al porche oscuro desde el cual Greta le estaba mirando.

Ella musitó:

—He estado llamando todo el día a tu casa, Sexton, y no ha abierto nadie. Los clientes están desesperados. Y ya pensaba que te habría sucedido algo terrible cuando te he visto pasar por aquí.

Sexton preguntó:

—¿Qué haces en este lado de la ciudad?

—Vivo aquí. Esta es mi casa.

—¿Vives sola?

—Sí, desde que murió mi padre.

E hizo un gesto amable mientras señalaba la puerta, que estaba sumida en sombras.

—Pero, por favor, Sexton, ¿por qué no aceptas una copa? ¿Por qué no pasas?

—Me gustaría hacerlo, Greta, pero temo que corras un peligro.

—Por favor... ¿Por qué dices eso? Tú eres un caballero.

—No se trata de mí. Estoy metido en un auténtico lío y no quisiera que te vieses envuelta en él.

—¿Qué clase de lío? ¿Por qué no me lo explicas?

Sexton comprendió que era mejor hacerlo.

Además, mientras estuviera dentro de aquella casa no estaba en la calle, y, por tanto, corría menos peligro de que le encontraran los pistoleros de Donovan.

Susurró:

—Está bien, aceptaré una copa, pero que sean sólo cinco minutos. Gracias, Greta.

Y entraron los dos.

La casa era acogedora y amable, aunque daba la sensación de demasiada solitaria.

Ella extrajo una botella de whisky y sirvió dos vasos, poniendo mucho en el de Sexton y muy poco en el suyo.

—Está bien —susurró cuando los dos hubieron bebido un poco —. ¿Por qué no hablas de una vez?

—Greta, debes saber algo fundamental. Yo no soy el verdadero doctor Sexton...

—¿Qué...?

Había tanto asombro en los ojos de la muchacha, que el pistolero estuvo a punto de no continuar.

Pero ya había dicho demasiado y no podía callarse.

De modo que murmuró:

—El verdadero Sexton ha muerto. Yo mismo deposité su cadáver en el río Missouri.

Y explicó con detalle todo lo que había sucedido, empezando por su entrañable amistad con el joven médico.

No omitió más que un detalle: su misión.

Dijo que trabajaba para el Gobierno, pero de ningún modo soltó una palabra acerca del viaje del presidente Grant.

Ella le escuchaba asombrada.

Casi no podía creerlo.

Al fin musitó, asiéndose a una especie de idea fija:

—Y yo confiaba en ti... Yo que te expliqué mis absurdos sueños.

—Te he escuchado siempre con la mejor atención, Greta.

Y ojalá pudiera curarte.

—Me habrás tomado por una loca...

—Nada de eso. Al contrario. Estoy seguro de que ese sueño tiene algún significado importante.

—Te confesé incluso que he ido a una adivina... Y es que estoy muy preocupada, Sexton.

—Cualquiera persona lo estaría en tu lugar, pero no debes darle demasiada importancia. Como ves, hay cosas más graves.

—Sí, por ejemplo, tu misión. Una misión de sangre y de muerte

que no acabo de entender...

En aquel momento llamaron a la puerta.

Greta se sobresaltó.

Casi dio un brinco en su asiento.

—¡Dios santo! ¡Quién puede ser a estas horas?

—Lo averiguaré abriendo. Pero no temas. Si alguien trata de molestarte, lo recibiré bien.

—En todo caso, tú no te muevas de aquí, Sexton. Puede que llamen por una cosa sin importancia. Si no te aviso, procura que no te vean. Ahora me doy cuenta de que corres demasiado peligro.

Y fue a abrir.

Un hombre joven, bien vestido, estaba en el umbral.

Un hombre que llevaba un maletín negro, al estilo de los médicos, y que le hizo una sola pregunta:

CAPITULO XIII

—¿Señorita Greta Hudson?

—Sí. ¿Quién llama a estas horas?

—Soy una ayudante del doctor Holmes. ¿Conoce usted a una señora llamada Shop?

Greta se estremeció. La señora Shop era la adivinadora. Era la mujer que en sus momentos de trance le hablaba de la misteriosa calle.

—Sí —dijo temblorosamente.

—Me envía el doctor Holmes, como le dije. La señora Shop ha sido encontrada en su domicilio sin sentido, donde se había producido un pequeño conato de incendio. Después de apagar el incendio ha habido que trasladarse al domicilio del doctor.

—¿Es grave?

—No, no... Por lo visto se desmayó y sufrió luego una pequeña intoxicación a causa del humo.

—¿Y la casa?

—Pequeños desperfectos sin importancia. Se llegó a tiempo.

—¿Por qué me ha llamado a mí?

—Al parecer, la señora Shop no tiene parientes. Pero en su bolso hay una tarjeta con el nombre de usted. ¿Son amigas?

—Bueno..., en cierto modo sí.

—¿Quiere hacerse cargo de ella? Es decir la señora Shop está en condiciones de salir a la calle, pero el doctor Holmes ha aconsejado que no se la deje sola por el momento. Desde luego podría quedarse allí por una noche, pero ella no quiere. Es una mujer realmente extraña, que parece vivir fuera de este mundo. ¿Podemos confiar en usted?

—Oh, desde luego.

—Entonces la esperaremos.

Greta dijo presurosamente:

—Voy en seguida. Dígale al doctor Holmes que dentro de cinco minutos salgo hacia allí.

El centro médico, efectivamente, no estaba lejos de donde ella vivía. Encontró a la señora Shop ya vestida, pero tendida en la cama

y con la mirada perdida en el techo. Daba la sensación de encontrarse en trance, de no pertenecer para nada a este mundo.

Greta la miró con curiosidad, mezclada con un poco de miedo. Siempre se había preguntado qué edad tendría aquella mujer. La señora Shop era como una momia, no parecía sometida a las leyes normales del tiempo. Ahora mismo su rostro apergaminado era exactamente el de una mujer sin edad; hubiera podido hablarse de cincuenta años, de setenta, de ciento veinte. Greta siempre había sentido aquella especie de asombro y de temor ante ella.

Pero no lo demostró.

—Vamos, señora Shop —dijo suavemente—. La llevaré a su casa.

Ella sonrió.

La había reconocido y parecía confortada con solo la presencia de la muchacha.

—Como tú quieras, Greta. Ya no podía resistir más tiempo aquí. Estas salas huelen a desinfectante de un modo terrible.

Greta la llevó a su casa. Vio que las habitaciones que ocupaba apenas tenían unos leves desperfectos, pues el incendio había carecido de importancia, aunque el espeso humo hubiera estado a punto de costarle la vida.

La señora Shop se sentó en una vieja butaca de alto respaldo, cerrando los ojos. Todo su rostro parecía transfigurado. Nuevamente Greta tuvo la sensación de que no pertenecía a este mundo.

—¿Qué le ocurre, señora Shop? ¿Necesita algo?

—No necesito nada... Sólo, tal vez un poco de silencio.

No me hables, Greta, no me hables para nada. Estoy viendo la calle...

Greta sintió frío en la espalda.

Como siempre le ocurría notó que su respiración se hacía lenta, espesa, silbante.

—¿Qué ve, señora Shop?

El silencio se había hecho espeso en torno a ellas. La habitación parecía cargada de sombras.

—Veo las ventanas de la calle... Hay algunos vecinos asomadas a ellas. Uno, el más próximo es el señor Popper, quien tiene un establecimiento de embutidos en la casa vecina... Su salami estilo húngaro es famoso en toda la calle. Más allá se encuentra una sastrería. Las prendas están algo pasadas de moda. La sastrería

pertenece al señor Laurens, quien no ha sabido modernizarse. Veo..., veo la funeraria..., esta noche se ven brillar lucecitas tras los cristales, lo cual indica que hay un velatorio. Mañana saldrá el entierro. Quizá sea el establecimiento más próspero de toda la calle, esa maldita funeraria. Veo..., veo también a....

De pronto su voz se cortó.

Su expresión se hizo angustiosa, y en sus facciones contraídas pareció dibujarse la leve huella del miedo.

—¿Qué ve, señora Shop?

Los labios de la mujer se curvaron.

Su voz era ronca al decir:

—Veo a Tockson.

El nombre no decía nada a Greta, absolutamente nada, balbució:

—¿Quién es Tockson?

—El conoce el secreto de la calle.

—¿Qué secreto?

La mujer entreabrió los labios. Pareció que iba a decir algo, pero, sin embargo, ningún sonido partió de ellos.

Daba la sensación de estar sumida en lo más profundo del trance.

Sólo susurros roncos partían de sus labios, y ni una sola palabra ininteligible llegó a los oídos de Greta.

Ella se acercó más.

Sus ojos brillaban.

—¿Quién es el señor Tockson? ¿Dónde está? ¿En qué lugar puedo encontrarlo ahora?

—Su imagen se difumina... —el pecho de la mujer subía y bajaba agitadamente—. No puedo verlo apenas... Ahora ya no está en la calle, sino en el lugar donde solía reunirse con... con... ¡No puedo precisar nada!

Greta apretó los labios.

Sus dedos se cerraron como garfios de hierro en torno a los hombros de la vieja.

Greta había cambiado, y algo misterioso, que no era habitual en ella, aleteaba en sus pupilas. Los dedos siguieron apretando los hombros de la vieja, hasta hincarse en ellos.

La señora Shop gimoteó:

—¡Hable! ¡Dígame dónde está esta calle! ¡Hable!

—No puedo precisar... ¡Nunca he visto su número o su nombre...!

Es..., es..., ¡yo la he visto muchas veces, pero no puedo precisar dónde está! ¡No me atormentes más! ¡Suéltame!

Greta la soltó lentamente.

Su voz era distinta cuando exigió:

—Hábleme del señor Tockson.

—Lo vi claramente. Estaba antes en la calle, pero ahora... Ahora no está allí. Intento verlo.

—Concéntrese... Dígame dónde ve a Tockson... Trate de precisar dónde está él ahora.

—Siempre se reunía con...

—¿Con quién?

—No puedo precisar... ¡No veo nada!

La voz de Greta se hizo ahora más suave, mucho más dulce, al preguntar, desviándose ligeramente del tema:

—¿En qué lugar se reúne Tockson?

—Una pista.

—¿Una pista? ¿De qué? ¿De carreras? ¿Es el sitio donde se efectúan las carreras de caballos en Kansas City?

Vio que la cabeza de la vieja se movía de un lado a otro.

—No, no es eso.

—¿No?

—Es algo blanco. El está debajo.

Greta no comprendía, pero intentó pensar rápidamente, porque la señora Shop no estaría ya mucho tiempo en trance.

—¿Se trata de la pista de un circo? ¿El está allí debajo de la lona? —preguntó al cabo de unos instantes, creyendo que al fin había dado con la verdad.

Exhaló un suspiro de desánimo al ver que la vieja volvía a mover negativamente la cabeza.

—No, tampoco es eso.

—¿Una pista blanca? ¿A qué se refiere? ¡Hable, señora Shop! ¿Está segura de que no es un circo?

—No... No es un circo. Tockson siempre iba allí cuando tenía que comunicar algo... Ahora está en el mismo lugar, lo adivino... ¡Quisiera verlo, pero no puedo!

—¡Inténtelo!

Greta zarandeó a la vieja, y de pronto se dio cuenta de que había cometido un error.

La señora Shop lanzó un suspiro largo, doloroso, y perdió el sentido.

Su cabeza cayó flácidamente a un lado.

Sus manos descansaron sin fuerza sobre los brazos del sillón.

Greta aflojó la presión de sus dedos en torno a los hombros de la visionaria.

Sus labios estaban curvados con una mueca de despecho y de desaliento a la vez.

Jamás había estado tan cerca de conocer la verdad y jamás se había encontrado tan a ciegas como en este momento.

¡Debajo de una superficie blanca! ¿Qué significaba eso?

De un modo mecánico comprobó que el pulso de la señora Shop era normal y que su respiración regular y rítmica era la de una persona en reposo.

Fue al centro de la habitación y adecentó un poco la cama, cuyas ropas estaban desordenadas aún.

Sin esfuerzo aparente, desmostrando que era mucho más vigorosa de lo que parecía, levantó a la señora Shop y la depositó en el lecho.

Estaba segura de que ahora ya no se despertaría hasta la mañana siguiente, sin recordar nada de lo que había sucedido.

De pronto, Greta pareció cansada.

Otra vez estaba a ciegas, tan a ciegas como antes, pero ahora le parecía doblemente doloroso, porque había estado muy cerca del fin, quizá más cerca que nunca.

Tockson... ¿Quién era Tockson? Y estaba debajo de una superficie blanca... ¿En qué ciudad? ¿Qué clase de lugar? ¿Dónde?

Las preguntas se amontonaban en el cerebro de Greta, martilleándole cruelmente.

Con gestos cansados, convencida de que la señora Shop no corría ningún peligro, salió de la habitación.

El estado de esta señora había sido una de sus preocupaciones desde que la conoció.

No le convenía que muriese.

Salió a la calle, que parecía oscura y solitaria, y entonces lo comprendió todo.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

CAPITULO XIV

Cuando llegó de nuevo a la casa donde vivía, había como un brillo febril en sus ojos.

Parecía sufrir una honda conmoción interior, y hasta en sus sienes habían aparecido unas gotitas de sudor helado.

Sexton paseaba de un lado a otro con impaciencia.

Parecía una fiera a la que han enjaulado cuando estaba en lo mejor de una pelea.

Miró a la muchacha sin disimular la sorpresa que le producía la excitación de ésta.

—No te he seguido porque tú me has pedido que no lo hiciera, Greta, ¿pero qué ha pasado? ¿Qué querían de ti?

—Era un ayudante del doctor Holmes.

—¿Y para qué ha venido a verte?

—La señora Shop, la adivina, ha sufrido un accidente. Como no tiene parientes y mi nombre estaba en un papel, en su bolso, me han llamado a mí por si quería hacerme cargo de ella.

—Bueno, eso no tiene nada de especial.

—Sí que tiene algo de especial, Sexton.

—¿El qué?

—La señora Shop ha entrado en trance. Ha vuelto a hablarme de la calle.

Sexton empezó a impacientarse. No podía pensar que todo aquel asunto de la maldita calle le ponía nervioso. ¿A qué venían todas aquellas alucinaciones? ¿Por qué Greta daba tanta importancia a una cosa que no la tenía? ¿Qué significaban sus sueños al lado del peligro que corría todo el país? ¿Al lado del asesinato del propio presidente de Estados Unidos? ¿Al lado de otra posible guerra civil?

—Deberías olvidarlo, Greta —dijo con cierta aspereza.

—No puedo. Te juro que no puedo, Sexton.

—Al principio te escuché porque tenía que seguir fingiendo el papel de mi amigo, el médico que había muerto. Luego no te niego que tu historia me interesó y me intrigó. Con gusto hubiera querido saber qué había detrás de todo eso, aun cuando sólo fuese una alucinación. Pero ocurren cosas mucho más importantes, Greta.

Cosas más importantes que tengo que resolver ahora, y por tanto te ruego que no hablemos más de ese maldito asunto de la maldita calle.

Ella cabeceó tristemente.

Se notaba que hubiese querido hacerle casó.

Pero no podía, porque aquello era como una obsesión.

—Quizá la historia tenga más importancia de la que tú crees, Sexton —dijo al fin—. al menos estoy segura de que no es una alucinación. Sí… Empiezo a estar segura de que se trata de algo real. Y además hay otras personas implicadas en ella.

Sexton decidió armarse de paciencia.

Al fin y al cabo, tampoco iba a hacer nada importante aquella noche, de modo que susurró:

—Está bien, Greta, si quieres explicarme otra vez lo que sueles ver en esa calle…

—No te burles, Sexton.

—Pero si no me estoy burlando…

Greta había cerrado los ojos.

Había en ellos una expresión de concentración, casi de sufrimiento.

—Sexton —dijo—, he estado ligando cabos, he tratado de pensar y no dejarme hundir en ese condenado y a la vez maravilloso mundo de los sueños. Y he llegado a la conclusión de que yo vi esa calle. Tal vez la vi cuando era niña.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—Pues… había sido muchas cosas: vaquero, artista de circo, actor de teatro, ranchero, sacamuelas…

—Una enciclopedia, vaya.

—Sí. Era uno de esos hombres que saben hacerlo todo, pero nada lo hacen bien. Quizá por eso nunca pasó de pobre.

Y desviando la mirada, continuó:

—De niña siempre me llevaba consigo. No creas, hubo una época en que todo fue todo un personaje. Había hecho papeles importantes en teatros al aire libre. Cuando murió, me pareció que no iba a poder soportar mi sensación de soledad…

—Quizá eres una chica demasiado sensible…

Ella había vuelto a cerrar los ojos, mientras intentaba concentrarse en sus recuerdos.

—Luego sufrí una serie de crisis —dijo—. Me da vergüenza confesarlo, pero después de la muerte de mi padre padecí sonambulismo. Me levantaba por las noches y despertaba de pronto, sobresaltada, en otros sitios que estaban muy lejos de mi habitación.

A Sexton, el sonambulismo siempre le había dado un poco de risa.

Pero comprendió que no debía reír en modo alguno delante de la muchacha, porque ella estaba sufriendo sinceramente.

Habría sido una burla innoble.

Con voz que quería ser impasible, susurró:

—Continúa...

—Tengo la sensación de que la señora Shop también es una mujer muy nerviosa —dijo la muchacha con voz opaca—. Todas las adivinas y las médiums lo son. Si ella ha visto la calle, ha tenido que ser en circunstancias muy extrañas. Pero estoy segura de que la ha visto. Ella no ha tratado de engañarme jamás.

Sexton pensó que era mejor no contradecir a la muchacha.

Dejándola hablar, ella se desahogaba y se tranquilizaba al mismo tiempo.

De modo que guardó silencio, aunque maldita la gracia que le hacía todo aquel asunto de la señora Shop.

Greta continuó:

—Además, hace poco, mientras estaba medio desvanecida, me ha dicho algo muy importante, algo que ha desvanecido parte de mis dudas. Tanto que, en el momento de ligar cabos, he estado a punto de lanzar un grito,

—¿Qué es eso tan importante que te ha dicho?

—Me ha hablado de un hombre llamado Tockson.

—Nunca le he oído nombrar. ¿Quién es Tockson? ¿Qué importancia tiene?

—Es un hombre que está debajo de una superficie blanca.

Sexton entrecerró los ojos.

¡Maldita sea!

La muchacha desvariaba otra vez.

¿Es que siempre iba a tener que ser una pobre visionaria? ¿Qué diablos le ocurría ahora?

—Bueno —dijo, tratando de mostrarse indiferente—, puede ser un muerto que esté debajo de una sábana.

—No, no es eso. Ahora estoy segura de que Tockson existe.

—¿Cómo sabes eso, si nunca le has visto? ¿Y qué diablos significa lo de la superficie blanca?

—Ahora lo sé.

—¡Pues habla! ¡Ya no sé qué pensar! ¡Habla de una vez...!

—Es cerca de aquí.

Sexton la zarandeó por los hombros.

Empezaba a estar nervioso él también.

No sabía lo que le pesaba.

—¿Qué es lo que está cerca de aquí?

—El depósito de sal. Es..., es un almacén enorme que se halla apenas a veinte pasos. De noche no te habrás fijado en él, pero llama la atención por sus dimensiones. Lo que ocurre es que está muy destartalado y no se guarda nada en él. Pero en cambio el tejado es muy sólido y hay en él un gran recipiente plano, con fondo de mampostería que es absolutamente impermeable. Por medio de una bomba se sube hasta allí, varias veces al año, agua de un pozo que se encuentra al pie mismo del almacén.

—¿Y qué? —preguntó Sexton.

—Es un agua salada, terriblemente salada, y que no sirve para beber. Al principio nadie la utilizaba, pero luego se pensó que, elevándola hasta el depósito plano encima del almacén, se podría esperar a que el agua se evaporase y con ello se obtendría una magnífica sal. Ya sabes que ese producto es carísimo aquí, porque hay que transportarlo desde muy lejos. De modo que encima del almacén de que te hablo hay una especie de salina.

—Eso explicaría la superficie blanca, pero, ¿y qué más?

—Pues ahí está Tockson. Es decir, se encuentra en al al- macén. Y ese hombre sabe algo. ¡Por lo tanto hay que hablar con él!

Los ojos de Sexton brillaron un momento.

Realmente la cosa cambiaba. Ahora Greta había dicho algo razonable y que en seguida podían hacer. De modo que se puso en pie, chascó dos dedos y dijo secamente:

—Muy bien. En seguida averiguaremos qué hay detrás de todo esto. Vamos allá.

Los dos salieron de la casa.

Las tinieblas les rodeaban.

Pero la gran mole del almacén estaba, en efecto, apenas a veinte

pasos. Tan silenciosa como una tumba.

CAPITULO XV

Al llegar a la puerta, el joven vio que estaba cerrada. Pero parecía filtrarse un rayo de luz desde el interior.

Algo le dijo que no convenía precipitarse.

Detuvo a la muchacha y le dijo con un soplo de voz:

—Espera.

Mientras Greta permanecía junto a la entrada, él empujó la puerta suavemente, pero no pudo evitar que se produjera un crujido.

Vio que, en efecto, dentro brillaba la luz de un farol.

Pero no se distinguía a nadie.

Sólo en inmenso almacén vacío.

Sexton fue a entrar.

Seguro que aquí no había ninguna persona.

¿Ninguna?

El primer anuncio que tuvo Sexton de que se estaba equivocando fue aquel cuchillo que volaba hacia su garganta y que había sido lanzado por una mano maestra. Si Sexton no llega a tener aquella diabólica agilidad, la hoja de acero le atraviesa de lleno. Pero en cuestión de décimas de segundo, en menos tiempo del que se tarda en parpadear, ladeó el cuerpo.

El cuchillo pasó rozando su cuello donde dejó marcada una leve línea sangrienta.

Sexton reaccionó instantáneamente.

Empujó la puerta mientras se lanzaba al interior del almacén, rodando por tierra.

El hombre que se hallaba en el centro del local, lanzó un gruñido al ver que había fallado el lanzamiento.

Sacó el revólver mientras también lo sacaba Sexton.

Pero ninguno de los dos llegó a disparar.

Hubiera tenido ventaja Sexton, al ser mucho más rápido, pero quiso atrapar a su enemigo con vida para hacerle hablar. Por tanto le lanzó el revólver a la cara con la fuerza de una verdadera bala.

Se oyó un seco «doc».

Tockson —pues seguro que era él— no pudo ni disparar. Soltó el Colt mientras se llevaba las manos a la cara, pues tenía la sensación

—falsa— de que el cañón del revólver de Sexton le había sacado un ojo.

Antes de que se rehiciera Sexton, ya estaba sobre él.

Le golpeó brutalmente dos veces en la mandíbula y dos en el cuello, aun a riesgo de matarle.

Tockson debía ser un hombre decidido a todo, pero en cambio no parecía demasiado fuerte. En seguida sus ojos quedaron en blanco y perdió el conocimiento.

El joven lo giró sobre el suelo, como si fuera un paquete y con el propio cinturón del caído le amarró las manos a la espalda.

Luego se volvió hacia la joven. Greta ya había entrado y lo miraba todo con ojos de incredulidad.

—No estabas tan desencaminada —dijo Sexton—. He de reconocer que hay bastante realidad en todo lo que has contado. Este es Tockson, no hay duda.

La muchacha miraba consternada en torno suyo.

—De todos modos es ahora cuando tengo más miedo —dijo—. Es ahora cuando no entiendo una palabra.

—¿Por qué?

—Supongamos que haya venido aquí en sueños. Supongamos que me haya acercado a este lugar en una crisis de sonambulismo.

—Cierto. Imagínatelo. Al fin y al cabo este almacén está muy cerca del sitio donde vives.

—Imaginemos —continuó ella como si hablara consigo misma—, que vine hasta aquí una noche de lluvia y luego volví a despertar cuando ya estaba en mi cama de nuevo. Eso explicaría el que me hubiese sentido mojada. ¿Recuerdas que te hablé de aquella extraña pesadilla? ¿Recuerdas que te dije que no me había acercado a la calle en una noche de lluvia y que luego, al recobrar la noción de las cosas, me di cuenta de que tenía la cara mojada?

—Sí, lo recuerdo perfectamente, y lo que tú dices podría explicarlo. Pero, entonces, ¿cómo es que no encontraste a Tockson?

—Eso no tiene explicación —musitó la muchacha—. Reconozco que no la tiene.

Sexton paseó la mirada en torno suyo tratando de buscar justamente aquella explicación que no existía. Si Tockson le había visto a él y había tratado de matarle, también habría tratado de matar a la muchacha, que al fin y al cabo era igualmente una

intrusa. ¿Por qué no lo había hecho?

Y de pronto sus ojos se clavaron en aquella botella.

Estaba en una mesita, muy cerca del farol que alumbraba todo aquello y parecía mediada de whisky. La botella era vieja, lo cual indicaba que había sido llenada de licor innumerables veces. E indicaba también que Tockson era aficionado a empinar el codo.

¿Y si pasaba largas horas en el saloon, durante la noche? ¿Y si eso hacía que se pasara largas horas sin vigilar? . Esa podría ser la explicación.

La muchacha había entrado allí en una crisis de sonambulismo, cuando Tockson no estaba. Y posiblemente lo mismo había ocurrido con la señora Shop, la adivina. También ella debía haber visto el almacén en un momento que no estaba Tockson, aunque luego lo recordara de una manera confusa y delirante.

Volvió la cabeza.

Greta la miraba fijamente.

Con una expresión casi patética, una expresión donde se mezclaban la incredulidad y el dolor.

—Pero eso no explica nada, ¿verdad? —susurró la muchacha—. Yo he visto aquí la calle de una ciudad. ¡Qué inmensa tontería!

—Me sabe mal decírtelo, Greta, pero es la verdad. ¡Qué inmensa tontería! ¿Dónde está la calle? ¿Dónde está la funeraria? ¿Y las ventanas? ¿Y los pequeños establecimientos? Además, ¡en el nombre del cielo! ¿Dónde está la gente?

Los ojos desolados de los dos pasearon por las paredes desnudas.

¿La calle? ¿Pero quién soñaba con eso? No había más que aquellas paredes enormes y que dentro de poco se derrumbarían. No había más que su asombro, su soledad y, ¿por qué no?, su propio miedo ante lo imposible.

—Espera. Quizá ese tipo nos lo aclare —susurró el joven.

En efecto, Tockson se estaba recuperando.

Gruñía como un cerdo al abrir los ojos, intentar moverse y notar que tenía las manos atadas.

Sexton se acercó a él.

—Más vale que no te pongas difícil, amigo, o te barreno la cabeza con un balazo. ¿Te llamas Tockson?

—Sí. Ese es… mi nombre…

—¿Qué haces aquí?

El otro miró desesperadamente en torno suyo.

Vio que nadie podía ayudarle.

—Vivo aquí —gruñó—. Vivo en este cochino almacén.

—¿Y ése es motivo para que trates de matar a todos los que entran?

—Bueno, yo…, yo tengo enemigos. No puedo fiarme de nadie.

Aparentemente, las explicaciones de Tockson podían ser razonables, pero Sexton movió la cabeza negativamente.

—No creo una sola palabra, amigo. Tú estás aquí por alguna razón. ¿Para quién trabajas?

—Para nadie. Te juro que… para nadie.

—Vas a tardar en convencerme de eso, muchacho. Y mientras tanto, ¿por qué no pruebas el daño que hace el punto de mira de un revólver?

Lo acercó a los párpados de su prisionero.

Este sabía que con una presión no demasiado fuerte, podía arrancarle uno de aquellos párpados, es decir, podía dejarle al descubierto el ojo.

Y se estremeció de horror.

Por supuesto, Sexton no pensaba hacer una salvajada así, aunque el otro fuera un canalla. Pero puso la mayor cara de bestia que pudo conseguir. Dio la sensación de que iba a destrozar a Tockson de un momento a otro.

—¡Habla, hijo de zorra! ¡Dime para quién trabajas o estarás ciego dentro de cinco minutos!

El otro tartamudeó. Estaba muerto de miedo.

Sin duda iba a hablar.

Pero en ese momento las cosas se precipitaron. En ese momento ocurrió algo que Sexton no hubiera imaginado nunca.

CAPITULO XVI

Aquella cosa blanda y viscosa que llegó volando por los aires iba destinada a Sexton y era tan mortífera como una bala, con la ventaja, además, de ser silenciosa. Pero Sexton la vio venir de cara y pudo ladearse a tiempo, aunque en el primer instante no acabó de entender lo que sucedía.

La serpiente cayó entonces sobre Tockson.

Porque Tockson estaba de espaldas y no la vio hasta que la tuvo enroscada en el cuello.

Lanzó un grito de horror al ver los ojillos del ofidio tan cerca de los suyos y al sentir la caricia de su horrible lengua.

La serpiente le mordió en el pómulo derecho, casi a la altura de la sien.

Era una mordedura absolutamente mortal, por su proximidad al cerebro.

Y todo sucedió con tanta rapidez que Sexton no tuvo apenas tiempo de mover el revólver.

Pero cuando la serpiente giró la cabeza, ya el joven había vuelto el Colt en línea de tiro.

Disparó dos veces y aquella repulsiva excrecencia se deshizo en el aire.

A continuación, Sexton alzó el Colt de nuevo.

Habían lanzado el bicho desde una ventana, porque sin duda querían matarle en silencio. Pero ahora, después de fallar el sucio crimen, iba a haber fuegos artificiales.

Alguien aún tenía la cabeza asomada por aquella ventana.

Sexton disparó sin vacilar, cuando su enemigo iba a apretar el gatillo de un riñe.

Y de la misma manera que había volado la cabeza de la serpiente, voló la del tipo que la había lanzado segundos antes.

Greta estaba estremecida de horror.

Parecía no entender nada de lo que sucedía.

Y la verdad era que Sexton tampoco le entendía demasiado, pero había llegado el momento de actuar..., ¡y actuó! Ya pensaría luego. Siempre queda tiempo de pensar cuando uno sigue vivo, pero no

cuando ha dado ocasión para que sus enemigos lo matasen.

Saltó por aquella ventana con la fuerza de un ciclón.

Estaba bastante alta, de modo que para mirar por ella tenía uno que encaramarse. Y eso era lo que había sucedido, ya que su enemigo muerto estaba aún colgado de una especie de andamio.

Sexton dio una verdadera vuelta de campana en el aire y terminó por desplomarse sobre el suelo, donde le pareció que todos sus huesos habían estallado. Pero ni se quejó ni soltó el revólver.

Mientras tanto, mientras caía al suelo, su pensamiento funcionó aún en contra de su voluntad. Recordó la noticia que habían leído en el *Kansas City Star,* una noticia que también estaba ligada a los confusos recuerdos de Greta. Un albañil había muerto al caer de un andamio. ¿Había sido allí? ¿Había sido alguien que efectuaba un trabajo de reparación en el almacén, para que las paredes no se viniesen abajo antes de tiempo? ¿Y no le habrían hecho caer *casualmente* para que no hablara, cuando terminó su trabajo?

Y en ese caso, ¿qué era lo que había visto?

La teoría de que lo habían empujado con todas las circunstancias favorables para matarlo tenía un fundamento sólido: el andamio no era lo bastante alto para que uno se matara, a menos que lo lanzaran de cabeza desde allí. Y eso era muy posiblemente lo que había sucedido.

Un asesinato.

Pero, ¿por qué?

¿Qué *había visto* aquel hombre?

Todos estos pensamientos fueron en realidad como chispazos en el cerebro de Sexton.

Le atravesaron igual que lanzas cuando daba dos vueltas sobre sí mismo para esquivar otros posibles disparos.

E hizo muy bien, porque alguien disparó inmediatamente hacia el sitio donde él había caído.

Las balas picotearon el suelo, junto al joven.

Este vio los fogonazos y disparó a su vez.

¡Al infierno!

Ahora había tirado a matar.

Vio la figura de su enemigo tambalearse, mientras aún intentaba poner el rifle otra vez en línea de tiro. Sexton disparó de nuevo.

La bala produjo una especie de aullido de coyote.

Se oyó un grito y el del rifle cayó definitivamente. Sexton saltó y escrutó las tinieblas por su había algún enemigo más.

Pero ahora sólo le rodeaban las sombras.

Habían tratado de silenciarle para siempre y en realidad sólo habían logrado silenciar a Tockson.

¿Pero por qué?

¿Qué se ocultaba detrás de aquella especie de maquinación infernal y a la que no encontraba sentido?

Pero mientras tanto habían puesto en conmoción toda aquella parte de la ciudad, que era una zona bastante tranquila.

Y a Sexton no le convenía armar jaleo, de modo que volvió inmediatamente al almacén y miró a la asombrada Greta.

Esta no sabía cómo reaccionar.

—Hemos de largarnos —masculló Sexton.

—¿Pero adónde?

—De momento, a ver a un hombre llamado Terry.

—¿Quién es? ¿Es amigo tuyo?

—¡Uf! No te lo puedes imaginar. Me he acordado de su familia más de sesenta veces...

CAPITULO XVII

Terry tampoco entendió nada cuando le explicaron lo sucedido. No veía la menor relación entre los condenados sueños de Greta y la misión que les había traído allí. Más bien pensaba que lo que Sexton estaba haciendo era perder el tiempo y apartarse de su misión principal.

¡Y encima se había liado con una chica!

Pero ya era tarde para lamentarlo, de modo que se limitó a decir:

—Si esto sale bien, muchacho, le diré al presidente de Estados Unidos cómo ha sido de maravillosa tu actuación. Le diré incluso que te dé un premio.

—¿Ah, sí? ¿Qué premio?

—¡La horca!

Sexton comprendió que su jefe no estaba para bromas.

Además, Terry siempre había sido un pistolero de malas pulgas.

De modo que susurró:

—No discutamos más, so gorila. Greta y yo nos largamos de la ciudad.

—¿Y no puedes dejarla a ella?

—¡Esta chica significa ya demasiado para mí! No quiero exponerme a que le pase nada.

—¡Pero tu misión es lo primero! ¡Y con ella al lado no podrás cumplirla!

Sexton chascó sus dedos.

—Oye lo que te digo Terry. Quiero saber qué ruta va a seguir el «señor Morgan» a partir de aquí.

—Pues..., pues va a ir en dirección a Topeka. Y se detendrá también en la ciudad de Lawrence.

—Yo también voy a llegar hasta Topeka, Terry.

—¿Para qué?

—Quiero investigar la ruta.

Terry se acarició el mentón pensativamente.

—Eso no puedo negártelo —dijo—. En realidad, forma parte de tu misión.

—Pues Greta y yo vamos a salir hacia Topeka ahora mismo. Creo

que en Kansas ya hemos tenido los suficientes líos.

—¿Y Donovan? ¡Hemos averiguado lo suficiente para saber que Donovan prepara algo!

—¡Claro que lo sabemos! Lo malo, Terry es que sólo lo sabemos tú y yo. Yo especialmente. Y con eso no podemos detenerle. La única posibilidad sería contarle lo que ocurre al general Grant y pedirle que aplace su viaje mientras se inica una investigación, pero él no lo hará. Nos enviará al diablo. Es terco como una mula. Por otra parte, tampoco le conviene un escándalo con un senador si no cuenta con pruebas suficientes, de modo que va a seguir el viaje con tanta seguridad como que el sol saldrá mañana. Sólo me queda una solución y es ésta: averiguar lo que hay en la ruta.

—Sí, Sexton, ésa es la única solución, aunque me temo que no saquemos nada en claro. ¡Sólo faltaba la complicación que me has traído! ¡Mezclar nuestra misión con los sueños de una chica! Pero, como ya está hecho, no podemos volvernos atrás. ¿Y sabes qué te digo? Voy a acompañaros.

—Me parece una buena idea, Terry, porque el aire ya se ha hecho irrespirable en Kansas City. Y no creo que aquí averigüemos nada más.

—Pues entonces, ¡adelante! —masculló Terry.

Y él mismo preparó tres caballos.

Salieron tan al galope que Sexton, sorprendido, tuvo que preguntar a su compañero, que iba delante:

—Pero, oye, Terry, ¿qué te pasa? ¿Por qué haces que tu caballo tire de los otros de esa manera?

Terry farfulló:

—Tengo prisa por salir.

—Hombre... ¡No veo que haya tanta!

—¡Yo sí que lo veo, cuerno! ¡Lo menos debo veinte dólares en el saloon de la esquina!

* * *

La verdad era que no podía decirse que su misión estuviera teniendo éxito. Durante tres días hicieron hasta las cercanías de Lawrence la misma ruta que iba a seguir el presidente de Estados Unidos. Hicieron en tres días una ruta que con buenos caballos como los suyos se hacían normalmente en menos de dos. Pero necesitaban

cribarlo todo palmo a palmo detenerse en las poblaciones, captar la presencia de posibles personas sospechosas…

Un trabajo penoso, inacabable, inútil.

¡Porque no sacaban nada en claro!

Mientras los caballos descansaban en medio de la llanura Terry dio un puntapié a unos matojos que había cerca del camino y masculló con voz ronca:

—¡Nada! ¡Nada, muchacho! ¡Ni un tipo sospechoso en las poblaciones que hemos atravesado! ¡Nada que no fuera normal! ¡Ni los indicios de una trampa! ¡Yo creo que no tienen ninguna posibilidad de matar al presidente! ¡Yo creo que todo es una falsa alarma!

Sexton mordisqueó un fino tallo de hierba, mientras susurraba:

—No quisiera desilusionarte, Terry, porque a nosotros nos convendría de verdad que fuera una falsa alarma. Así no podríamos fracasar. Pero si es una falsa alarma, ¿qué pinta Donovan en tono a esto?

—Eso es lo que me vuelve loco, Sexton. Porque Donovan trata de matar al presidente, o al menos yo lo creo. ¿Pero cómo piensa hacerlo? ¡Hay que estar loco para intentarlo a las buenas! ¡El general Grant, antes de llegar a la presidencia, pasó por mil apuros en las guerras! Se las sabe todas y viaja con una fuerte escolta. ¿Cómo demonios piensa ese loco poder acabar con él?

Sexton reflexionó.

—Supongamos —dijo— que Donovan logra reunir una fuerte tropa. Por ejemplo, cincuenta hombres.

—No es fácil reunir una cuadrilla así sin que nosotros lo sepamos. Precisamente para eso nos han enviado: para olfatear. Y yo te aseguro que en este momento no hay en Kansas cincuenta pistoleros que puedan ser contratados.

—Pero supongámoslo.

—¡Uf! En ese caso tendrías cincuenta muertos. ¡Buenos tipos son los que acompañan a Grant! En primer lugar ellos se aproximan a los setenta y cinco hombres, de modo que con cincuenta enemigos no tienen ni para los entremeses. En segundo lugar, están seleccionados entre los más diabólicos tiradores del ejército, aunque no nos hagan sombra ni a ti ni a mí, modestia aparte. Porque tú sabes y yo, incluso dormidos, partimos un escupitajo a sesenta

yardas. ¿Pero qué iba diciendo? Ah… En tercer lugar, no van a sorprenderlos. Avanzan con exploradores igual que si fuesen en orden de batalla.

—Pero supongamos que les preparan una trampa.

—¿Dónde?

—Pues…, pues en un desfiladero, por ejemplo.

—No los hay. Esto es liso como la palma de la mano. Ni desfiladeros importantes, ni vaguadas, ni mula que los inventó.

—En eso mismo pensaba yo, pero hay que tener en cuenta todas las posibilidades. ¿Y ríos?

—Pasado el Missouri en Kansas City, ya no queda ninguno hasta Topeka. No, no les puedes sorprender tampoco en mala posición cuando estén vadeando un río.

Sexton lanzó la brizna de hierba.

—En fin creo que podemos estar tranquilos. Si ese bestia intenta hacer algo, fracasará y acabará en la horca.

—De todos modos, seguiremos —decidió Terry.

Y miró de pronto su reloj de latón.

—Oye —dijo con expresión de alarma—, ¿sabes en lo que estoy pensando?

—¿Es que tú piensas alguna vez, Terry?

—¡Maldita sea! ¡Claro que pienso! ¡Pienso, por ejemplo, que la chica que llevas al lado está muy buena! ¡Pero además pienso otras cosas! ¡Por ejemplo, que a estas horas, el presidente ya tiene que encontrarse a menos de cinco millas de aquí!

Sexton se sobresaltó.

—¿Es posible…?

—Me parece que los dos hemos perdido la noción del tiempo, amigo. Eso es lo que pasa. ¡Hemos perdido la noción del tiempo! Pero llevamos ya casi cuatro días por esta llanura y la comitiva presidencial se nos ha echado encima. ¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo les protegemos?

—Si no hemos encontrado ninguna trampa, es que no la hay —murmuró Sexton, intentando convencerse a sí mismo—. De modo que seguiremos nuestro camino y esperaremos al presidente en Lawrence.

—Mientras no llegue allí muerto… —murmuró Terry.

—¡Qué pesimista eres!

—Está bien. Sigamos.

—¿Cuál es la población más próxima? —preguntó Sexton—. No recuerdo bien el plano.

—La población más próxima es Midland.

—¿A qué distancia está?

—Unas cinco millas.

—Pues vamos a acercarnos a ella. Es el último punto que nos falta por controlar antes de Lawrence.

Siguieron trotando, sin cansar a los caballos, por la llanura interminable.

Todo a su lado estaba tranquilo, quieto. Todo era de una apacible belleza. ¿Quién podía pensar que allí iba a cometerse un crimen contra el primer personaje del país?

¡Bah! Tonterías.

Todos aquellos temores habían sido absurdos.

Era mejor olvidarlos de una vez.

De pronto divisaron las casas en la llanura.

Terry murmuró:

—Mira, Midland.

—¡Cuernos! ¿Ya hemos hecho cinco millas?

—A mí también me ha resultado corto el trayecto.

—Hum... Nuestros caballos se han limitado a ir al trote.

—Pues hemos avanzado más de lo que esperábamos, muchacho. Ya se sabe. El tiempo es una cosa la mar de relativa.

Greta se llevó un momento la mano derecha a la cabeza, mientras parecía vacilar sobre la silla de su caballo.

—Me siento algo mareada —bisbiseó.

Sexton se acercó a ella y la sostuvo por un brazo.

—¿Qué te ocurre? ¿Te sientes mal?

—No sé... Es como..., como si el mundo entero diese vueltas.

—Te llevaré a la ciudad —ofreció el joven—. Allí podrás descansar algo. Me temo que te hayamos fatigado demasiado en estos días.

—No, no es eso... Estoy acostumbrada.

—¿Pues qué te ocurre?

—No sé cómo explicarlo, Sexton. Es un mareo.

—Baja del caballo y pasea un poco.

—Estoy dando muchas molestias, Sexton. Me siento avergonzada

de mí misma.

El sonrió, tratando de animarle, y la ayudó a bajar.

La chica anduvo unos pasos, pero tenía la mirada perdida en el vacío.

Daba la sensación de encontrarse cada vez peor.

Terry murmuró, sin poder disimular su impaciencia:

—¿Pero qué te pasa?

—No lo sé… Comprendo que es absurdo, pero me parece tomo si volviera a aquella pesadilla.

—¿En pleno día?

—Ya te he dicho que comprendo que es absurdo.

Terry arregló las cosas del único modo que sabía. Gruñó:

—Lo que esta chica necesita es un buen trago. Hay que darle pronto una ración de whisky, antes de que la diñe.

—Pues todo el licor se nos ha acabado, Terry.

—Habrá que ir a buscar más a Midland. Por suerte, tenemos la ciudad a un tiro de revólver.

—Voy allá —dijo.

Y picó espuelas.

Mientras se acercaba a la ciudad, una línea de preocupación surcaba su frente.

Había pensado que la muchacha se encontraba mejor. Por lo menos, se había hecho ilusiones en este sentido.

Imaginaba que Greta ya estaría libre de sus alucinaciones.

Pero ahora comprobaba, con pesadumbre, que no era así.

Por desgracia la muchacha continuaba prisionera de los fantasmas de su cerebro.

Había sufrido como una alucinación en pleno día, y eso siempre era temible.

Ahora mientras cabalgaba hacia la ciudad, se dio cuenta Sexton de lo mucho que la amaba.

Nunca la abandonaría.

No permitiría que ella siguiera sola aquella senda negra que podía llevarla a la locura.

Frenó un poco el caballo para no entrar tan al galope en la ciudad. Y buscó con los ojos un saloon donde pudiera comprar al menos un litro de licor.

La población le pareció pequeña.

Sólo tenía una calle.

Claro que había bastantes lugares en el Oeste que constaban sólo de eso: dos filas de casas perdidas en la llanura.

Pero él tenía la vaga idea de que Mindland era mayor.

Sólo dos líneas de casas de madera de apenas veinte yardas de longitud cada una.

Total, nada. La población estaba atravesada en un santiamén.

El joven echó el pie a tierra.

¿Qué diablos era lo que sentía?

Sus ojos parpadearon.

¿De dónde venía aquella sensación sutil, misteriosa, de frío en la columna vertebral?

Porque en realidad no pasaba nada.

Veía la calle perdida en la llanura.

Los pequeños comercios.

Las ventanas bajas a las que había unas cuantas personas asomadas.

La curva de la calle formada.

La funeraria.

Los ojos de Sexton seguían entrecerrados.

Y cada vez aquella sensación de frío más desesperada, más dañina en la columna vertebral.

La funeraria.

¿Dónde la había visto antes?

¿O tal vez sólo le habían hablado de ella?

¿Había estado él antes en aquella calle?

Y de pronto el estremecimiento de horror convulsionó todo su cuerpo.

De pronto se dio cuenta de que los sueños y la realidad se habían mezclado en una especie de horrible pesadilla.

¡Porque él estaba ahora en LA CALLE!

¡La calle de la que Greta le habló...!

CAPITULO XVIII

Otra vez como una serie de chispazos, los pensamientos acudieron a la mente del joven. Con la velocidad de un relámpago, se dio-cuenta del universo de horror en que estaba metido de pronto.

¡Y lo comprendió!

¡El lo comprendió en fracciones de segundo!

El padre de Greta, actor teatral de cierta importancia en otro tiempo, había trabajado en obras representadas al aire libre, de las que aún abundaban en el Oeste. La misma Greta se lo había dicho. Y años antes, cuando la muchacha no era más que una niña, su padre debió actuar en la más importante de aquellas obras. Una obra con un decorado irrepetible: ¡un decorado que era una calle de verdad!

Las dos primeras casas eran las únicas completas, naturalmente, para tapar las perspectivas de las otras, que consistían sólo en una fachada. ¡Y eso era lo que Sexton tenía delante de los ojos!

Greta debió ver la calle cuando era muy niña y el recuerdo quedó hundido en el fondo de su memoria, hasta no saber si era realidad o sueño. Pero cierta noche, en una crisis de sonambulismo, debió llegar hasta el almacén donde los decoradores estaban guardados y montados, viéndolo todo por un resquicio de la pared, aunque su conciencia no llegara a captar con plenitud el significado de aquello.

Los pensamientos de Sexton seguían siendo rápidos como chispazos, en tanto se aproximaba a la calle con naturalidad, fingiendo ser un viajero despistado que llegaba a ella.

No sabía si le habían reconocido ya.

En cuanto le reconocieran, dispararían sobre él. Pero mientras Sexton buscaba un lugar para cobijarse, seguía avanzando como si no sospechara nada.

Y seguía pensando con la velocidad del rayo.

Sencillamente, Donovan había comprado aquel decorado, que llevaba muchos años sin utilizarse, y lo habían guardado en aquel enorme almacén hasta el momento de emplearlo. Pero Greta lo vio. Y también lo debió ver la señora Shop, que en este caso, estando en trance, no llegó a adivinar, sino a decir lo que había visto. Y la

señora Shop barruntó que había algo oscuro detrás de todo eso. La señora Shop dijo por eso a Greta que llegaría a morir en aquella calle.

Sexton seguía avanzando.

Oía solamente el rumor de sus propios pasos.

Y tenía la oscura sensación de que aquellos pasos le llevaban a la tumba.

¿Pero cuál era el plan de Donovan? ¿Por qué había montado toda aquella farsa?

Sexton lo comprendía ahora como si lo hubiera explicado el propio Donovan.

Aquello no era la población de Midland, sino una tramoya que la escolta presidencial tomaría por Midland, situada en realidad dos millas más allá. Por eso, los tres jinetes habían tenido la sensación de que la encontraban antes de hora.

Cuando la escolta presidencial atravesara la calle, tendría la completa sensación de encontrarse en un lugar inofensivo. Llegaría un momento en que el presidente y la escolta estarían como encajonados en la calle, puesto que seguramente había un obstáculo al final de ésta, detrás de la curva. Y entonces todos los que estaban en las ventanas y dentro de las falsas tiendas, y que en realidad eran pistoleros de Donovan, abrirían fuego a mansalva. El presidente no se salvaría. ¡No se salvaría nadie!

Sexton sentía que unas gruesas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas.

Tenían que haberle reconocido ya.

Sabían que era su enemigo.

Entonces, en nombre de todos los infiernos, ¿por qué no disparaban de una vez? ¿Tanto querían asegurarse? ¿No le estarían apuntando ya? ¿Por qué no abrían fuego?

Y de pronto lo entendió.

Oyó aquel galope frenético a su espalda, aquel galope que llenaba la llanura entera.

Y entonces se dio cuenta de que llegaba la escolta presidencial.

¡Por eso no habían disparado!

¡No podían espantar la liebre antes de que se acercase!

Sexton alzó de repente los brazos.

¡Quizá aún lograría detener el avance! ¡Quizá aún lograría evitar

el asesinato, aunque fuese a costa de su propia vida!

—¡Quietos! ¡Quietos, deténganse! ¡Es una trampa...!

Su voz se perdió en el estrépito de los caballos lanzados al galope.

Los primeros jinetes lo ignoraron olímpicamente y entraron en la calle.

Sexton estuvo a punto de ser arrollado.

Nadie disparó por el momento. Era natural. ¡Necesitaban que toda la comitiva entrase en la calle!

Sexton sacó el revólver y fue hacia la parte posterior de las casas que sabía eran una pura fachada a excepción de las dos primeras. En efecto, vio toda la tramoya, con más de dos decenas de hombres apostados tras las ventanas. Dos pistoleros se volvieron y dispararon contra él, al darse cuenta del peligro.

Pero Sexton ya había disparado también.

Por sus ojos pasaba como una nube roja.

Los dos hombres cayeron desde los andamiajes que sostenían la tramoya, mientras lanzaban alaridos y varios de sus compañeros se volvían también.

El fuego contra los de la comitiva presidencial ya no podía esperar más. El propio coche del general Grant estaba dentro de la calle. ¡Y los primeros jinetes se habían encontrado ya con el obstáculo, dentro de la curva!

Una descarga cerrada se abatió sobre los jinetes.

Estos se hallaban muy cerca y por tanto el plomo les alcanzó de lleno.

No supieron reaccionar en el primer momento ni fueron capaces de hacer girar sus caballos en la estrechez de la calle.

Mientras, más de una docena de ellos caían, una segunda descarga se abatió sobre sus cabezas.

De momento, los granujas de Donovan enviaban descargas cerradas.

Su efecto era demoledor.

Los jinetes caían como naipes de una baraja.

El cielo se había oscurecido.

Se había llenado de humo negro y de olor a pólvora.

Uno de los forajidos corrió por el tejado de una de las dos casas que estaban enteras.

Intentaba disparar contra el coche de Grant, que se hallaba detenido en medio de aquel barullo indescriptible.

Sexton le envió dos balas desde abajo.

El tipo dio una extraña voltereta en el aire y cayó lanzando un aullido.

Los hombres de Donovan se habían dado cuenta de que tenían un enemigo en la espalda.

Varios de ellos se volvieron.

Pero Sexton ya había saltado para tratar de confundirse con ellos.

Esa era su única defensa, aunque así se expusiera a una bala de los jinetes de la escolta.

Barrió con plomo toda la parte posterior de las casas, apoderándose del «Colt» de uno de los muertos, porque el suyo había quedado sin balas.

No fallaba ni un plomo.

Todo aquel lado de la calle había sido prácticamente limpiado de adversarios, pero quedaba el otro.

Desde allí seguían llegando descargas contra los jinetes, que caían como muñecos sin poder reaccionar.

Y Sexton comprendió que no podía atravesar la calle. Que los del otro lado seguirían cometiendo impunemente sus asesinatos y tal vez acabarían con el presidente Grant.

Por fortuna, Terry se había dado ya cuenta de lo sucedido y llegaba a galope por el otro lado, despreciando el camino por el que había seguido la escolta.

También hizo ladrar su Colt, mientras los pistoleros se volvían hacia él.

La falsa ciudad se había convertido en un infierno.

La calle estaba repleta de muertos, pero también lo estaban las fachadas de las casas.

Los hombres de Donovan, unos veinticinco en total, caían igual que moscas.

Sexton tenía que apoderarse cada vez de un nuevo revólver para seguir disparando, mientras la mano le quemaba.

Pero nada conseguiría mientras no llegara al otro lado de la calle.

Hizo entonces algo con lo cual se jugaba cien veces la vida.

Desde una de las ventanas altas, a las que se llegaba por un sistema de andamios, saltó sobre el techo del coche presidencial, que seguía detenido en el centro de la calle.

Dos balas le acariciaron las piernas.

Contaba con que el techo no se hundiría, ya que debía estar blindado.

Y, en efecto, no se hundió. Sexton apoyó firmemente los pies en él y saltó de nuevo…, ¡para penetrar por una de las ventanas del otro lado de la calle!

Allí la situación era caótica.

Pero aún quedaban numerosos pistoleros de Donovan, entre ellos el propio jefe de la conspiración.

Donovan lanzó un alarido al verle y descargó su rifle contra él.

Sexton dio dos vueltas por el suelo, mientras las balas formaban cráteres junto a su cuerpo.

Sus dientes rechinaron.

Disparó por debajo del codo.

Donovan abrió la boca espasmódicamente, mientras por ella brotaba un chorro de sangre.

La bala le había atravesado de abajo arriba, segándole la yugular.

Donovan se apoyó en una de las paredes y resbaló por ella mientras su garganta producía un gorgoteo.

Terry también estaba disparando a mansalva, tras apoderarse del revólver de otro de los muertos.

Algunos miembros de la escolta se habían dado cuenta al fin de la situación y también habían aparecido a caballo por detrás de las casas.

Sus disparos fueron fulminantes y sin piedad. Todos los pistoleros que se encontraban en los andamios o situados en lo alto de los dos únicos tejados, cayeron lanzando roncos alaridos.

La sensación de muerte había llegado a hacerse total.

Aquello era una masacre.

Pero el propio Donovan había muerto, y con él habían muerto también todas sus sucias ambiciones. Los disparos iban cesando. Un par de pistoleros trataron de huir y fueron cazados a tiros. Los gritos de dolor indicaban que había numerosos heridos en todas partes.

Sexton bajó el revólver.

Y miró a Terry, que le contemplaba con ojos de alucinado.

—Creo que esto ha terminado, Terry. Y creo que hoy el país ha estado otra vez al borde de la guerra civil.

Se acercó a Donovan y vio que estaba ya con los ojos vidriosos. Junto a él yacía una figura que le produjo un duro impacto emocional. Aunque vestida de hombre, era la hermosa mujer que había matado al doctor Sexton. El joven le bajó los párpados con mano trémula.

Ya nada le quedaba que hacer allí.

¿Nada? Al contrario, tenía que recibir las felicitaciones del general Grant. No se iban a ir de allí sin saludarle.

Y en aquel momento le vieron aparecer por detrás de una de las paredes.

Tenía el aspecto gruñón e inconfundible de los dias de la Guerra de Secesión. Parecía como si fuese a mandar una carga de la Caballería.

Terry rió.

Pensaba que iba a felicitarle.

—¿Qué hay, general? —preguntó.

—Ayúdenme a enterrar los muertos. ¿O es que van a dejar todo esto para que se lo coman los buitres?

Terry se llevó una mano a la cabeza.

—Vaya... —suspiró—. De modo que como premio, una pala...

—Menos mal —susurró Sexton— que cuando acabe con eso me espera Greta...

—A ti, sí... A ti te espera Greta —dijo Terry con desánimo—. ¿Pero yo qué? ¡Después de esto me darán un permiso y me enviarán a vivir con mi mujer y mi suegra...!

F I N

Reviva **AHORA**, de nuevo,
la emoción de todos y cada
uno de los mejores relatos de

Keith LUGER

adquiriendo cada semana
un título de la

COLECCION



¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
40 PTAS.

Impreso en España